

Lago negro
de tus ojos

RUMAS

GUILLEM
LÓPEZ

LAGO NEGRO
DE TUS OJOS

GUILLEM LÓPEZ

Alianza editorial

Índice

Un reencuentro inesperado

Secretos y virtudes

Una zorra fisgona

Carla y Martina

Un héroe sueña

Dormid tranquilas

Primer final

Segundo final

Créditos

Vienen de todas partes, vestidos con el miedo. La oscuridad los atrae. La noche es su asistente de vuelo. Ríen y hacen chistes ridículos, pero no pueden ocultar el horror que les empuja hasta aquí. ¿Por qué vienen? Muchas veces me lo he preguntado. De alguna manera, la existencia de un lugar como este los convierte en equilibristas del espacio-tiempo. Siguen adelante, brazos en cruz, bordeando el abismo del presente, hacia el final de todas las cosas.

Carla Babiloni, *Lago negro de tus ojos*

Primera página

Todo comienza con esta imagen de Carla en el aparcamiento público que hay a las afueras de la aldea. Una página completa, con mucho detalle. Mira. ¿Lo ves? Le gusta mucho a mi psiquiatra. Dice que le recuerda a un auténtico tebeo americano. No sé si sabe de lo que habla o finge porque tiene miedo a llevarme la contraria. Soy el que paga y el paciente siempre lleva razón. Es una buena página. Me costó horrores dibujarla. Está basada en una fotografía que encontré de casualidad, unas semanas después de lo ocurrido. Se ve a Carla en segundo plano, rodeada de turistas alemanes. Brazos en jarras con la mochila a los pies. Parece desconcertada, rodeada de extraños que van de paso. Quizá se cuestionaba lo que yo también me pregunté más adelante y que todavía me pregunto: ¿por qué regresó?

Era el primer día de verano. El sol caía a plomo y los turistas se untaban cremas y repelente de mosquitos antes de bajar del autobús. Los traían de València cada mañana. Algunos hacían noche en los hoteles y pensiones de la zona. La mayoría pasaban el día en El Clot, visitaban la laguna, compraban recuerdos, tomaban cuatro fotos y desaparecían antes del ocaso. En el aparcamiento se arremolinaron en torno a los guías que organizaban grupos y repartían matamoscas y colas de caballo. Carla quedó un poco perdida, como en tierra de nadie. Miró a un lado y a otro y echó a caminar con los hombros vencidos por el peso de la mochila. Uno de los chicuelos que atosigan a los visitantes con *souvenirs* y baratijas la vio salir en dirección contraria al resto de turistas y decidió perseguirla.

—Hola —la asaltó—. ¿Buscas alojamiento? ¿Restaurante?

—No, gracias —respondió con un ademán y continuó hacia la salida del aparcamiento.

El muchacho corrió tras ella.

—¿Repelente de mosquitos? ¿Pulseras anti-insectos?

—Ya tengo, gracias.

—¿Un salacot con velo? —insistió el chico, revoloteando a su alrededor con una especie de sombrero de apicultor en alto—. ¿Horarios?

—No, gracias.

—¿Fotografías?

—Paso.

—Son exclusivas —explicó—. No publicadas nunca.

Carla se detuvo y levantó las gafas de sol.

—¿De la laguna? —preguntó.

—Claro.

—Ya... —dijo, desdeñosa.

—¿Periodista? —El chico sonrió y guiñó un ojo—. Tienes pinta de periodista.

—¿Me vas a enseñar las fotos o no?

El chico sacó un sobre arrugado del bolsillo del pantalón y se lo ofreció.

—¿En papel? —preguntó Carla. Levantó la solapa con la precaución de un artificiero. Dentro había unas cuantas fotografías a color. Las examinó en silencio mientras el chico miraba a un lado y otro.

—¿Te gustan?

—¿Son tuyas?

—De un amigo. ¿Te gustan?

—No están mal. ¿Cuándo las hizo?

—Hace dos días.

—¿Dos días?

—Sí. ¿Las quieres o no?

—¿Desde dónde las ha tomado? ¿Esto es una torre de vigilancia?

—No lo sé. Yo solo las vendo.

—¿Ha entrado dentro? ¿Hasta la laguna?

—Yo qué sé. ¿Eres periodista o no?

—Puede.

El chico le arrebató las fotografías de un zarpazo.

—Oye —protestó Carla—, que no me has dado un precio.

—Que te follen, *filla de puta* —masculló el chico, caminando de regreso hacia los autobuses de turistas.

El Clot

A modo de presentación del escenario, dibujé unas cuantas estampas cotidianas: nubes de mosquitos sobre el tejado de las casas, una fila de hormigas que trepa una fachada encalada, los faros de los coches repletos de bichos muertos, una barcaza en el canal se abre paso entre todo tipo de cadáveres flotantes... De niños cazábamos ranas en las esclusas con un cubo viejo y un *salabre*. Ahora todo el mundo viste con esos sombreros coloniales. Parecen apicultores venidos de otro planeta. También dibujé la chimenea del granero abandonado donde quemaban la paja del arroz. Al fondo, las siluetas de los hoteles y los edificios de apartamentos de nueva construcción. Cuando cae la tarde, su sombra se extiende sobre la aldea, arrastrándose hacia la laguna. El agua los llama. Mira la sombra. Aquí se ve. Cuando llegó Carla, el sol los iluminaba de frente y a ella le parecieron tótems gigantescos que habían venido a presenciar el final de algo antiguo. Arquitectura ceremonial de hormigón y acero. Sacrificios humanos. Un altar de veinte plantas en primera línea de playa.

Ley y orden

—¿Carla Babiloni?

Un coche patrulla se detuvo junto a ella. El policía estaba al volante y Carla tuvo que asomarse a la ventanilla opuesta para responder. Lo dibujé oculto por una sombra muy pronunciada y una sonrisa de dientes enormes. Mira. Da un poco de miedo. Se me fue la proporción, pero da igual. Es a propósito. Todo él era grande. A sus espaldas, lo llamábamos *Panxa*.

—Eres Carla, ¿no? —insistió—. ¿Te acuerdas de mí?

Carla asintió muy despacio, con la boca entreabierta, pero sin llegar a pronunciar palabra.

—¡Soy Vicente! —exclamó el policía—. ¡Vicente Falomir!

Ella sonrió y chasqueó los dedos: claro, Vicente, sí.

—¿Qué haces aquí? —la interrogó—. No me digas que has vuelto.

—No. Solo es temporal.

—¿Te alojas en algún hotel?

Carla tomó aire y retuvo su respuesta con un largo gemido.

—En casa de mi familia —explicó.

Panxa asintió lentamente sin dejar de sonreír. Estaba grueso y el sudor empapaba el cuello de la camisa y formaba gotitas de rocío que se descolgaban por las patillas.

—Sube —dijo, con un ademán—. Te llevo.

Carla dio un paso atrás y miró alrededor. Un par de mujeres la observaban desde la sombra de un emparrado, abanicándose tras la tela mosquitera que las protegía.

—¡Venga! —insistió el policía. Con esfuerzo abrió la puerta—. ¡Sube o se me llenará el coche de bichos!

Hay una secuencia muy larga en la que la portezuela se abre y la mano de *Panxa* regresa a las sombras, como una araña de esas que tejen un túnel y esperan al fondo. Me pareció una idea estupenda y ha quedado muy bien. Nueve viñetas. Carla descargó la mochila y se despidió con la mano de las mujeres antes de entrar.

El coche patrulla estaba sucio, lleno de papeles y restos de comida. También alguna lata de cerveza aplastada. El salpicadero cubierto de polvo y huellas. Quiero pensar que apestaba a sudor rancio y tabaco.

—Cuánto tiempo —musitó Vicente—. Por lo menos quince años, ¿no?

El agente conducía muy recostado, con una mano en el volante y la otra entre las piernas. Mascaba chicle de forma ruidosa y las gafas de sol le resbalaban en la nariz porcina y apenas cubrían los ojos.

—Sí —respondió ella mirando a otra parte—, algunos más.

—Cómo pasa el tiempo...

El coche patrulla se hizo a un lado y dejó pasar un *humvee* de vidrios tintados que pertenecía a LOCK, la agencia mundial creada tras El Incidente. Vicente saludó con desgana.

—Esto ha cambiado mucho —dijo—. ¿No habías venido desde El Incidente?

—No. He estado viviendo fuera.

—Algo oí. Que te fuiste a Alemania, ¿no?

—Sí. Pero ahora vivo en Dinamarca.

—Ah, muy bien. —Redujo la marcha y se mantuvo detrás de un hombre en bicicleta que cargaba con las cañas y los aperos de pesca. Pedaleaba con esfuerzo y en su cabeza se balanceaba un gran sombrero de paja de cuyas alas colgaba una fina gasa hasta los hombros—. ¿Apareció

alguna laguna también por allí?

—En Nørholm —explicó—. Al norte.

—Claro. Charcos hay en todas partes. Pero nada parecido a lo que tenemos aquí, ¿eh? —concluyó con un guiño cómplice.

—Eso he leído —replicó ella, alargando las vocales en un titubeo—. No lo sé.

Giró por una de las pequeñas callejas entre casitas de pescadores y entró en la aldea.

—Esto ha cambiado mucho, Carla.

—Ya supongo.

—¡Mírame a mí! —Rio como quien rasga un papel—. Jefe de policía. ¿Quién iba a decirlo?

—Ya ves.

—No me lo había ni planteado. —Extendió las manos, soltando el volante, como si él mismo no diese crédito a sus palabras.

—La vida da muchas vueltas.

—Sí.

El coche se detuvo en un cruce. A un lado, las terrazas de varios restaurantes, cubiertas por grandes redes y velos translúcidos, repletas de turistas y visitantes. A Carla le recordaron aquellas nasas que utilizaba su padre para pescar anguilas en el canal.

—Entonces —dijo Vicente—, ¿vacaciones?

—No. Trabajo.

La miró sin pestañear. El coche detenido.

—Soy periodista —aclaró ella.

—*No pot ser.*

—Sí.

—¿En serio?

—Sí —rio.

Vicente la miró de arriba abajo y ella sonrió con apuro.

—¿No serás de ese periódico inglés? —la interrogó, atónito.

—Sí.

—*Xe*, qué casualidad. ¿En serio?

—Sí.

—Me tomas el pelo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Vicente bajó el mentón para escrutarla una vez más sobre la montura de las gafas.

—*La mare que ho ha...* —masculló—. Me dijeron que venía un periodista.

—Ese soy yo.

—No me lo puedo creer —musitó.

—Sí. ¿Quieres que te haga una entrevista?

—¿Ahora?

—Cualquier momento es bueno.

Vicente estalló en una carcajada que no tenía nada de divertida.

—Joder, ni de coña me vas a sacar una declaración. —Rio—. Antes me dejó sacar las tripas.

Carla mordió la sonrisa y no dijo nada más. El vehículo policial torció la esquina y Vicente saludó a un vecino.

—Joder con la vida —masculló el policía—. Pensaba darle esta charla a algún inglesito untado de crema, pero te lo diré a ti —dijo tras exhalar de forma paciente, sin mirarla—. Ya sé para qué has venido.

—Ah, ¿sí?

—Es por la actriz esa.

—Elena Ferri.

—No sé de dónde os habéis sacado que estuvo aquí.

—Testigos, un vídeo de la gasolinera, el registro de llamadas de su teléfono...

—Lo que sea. Da igual. Llegas tarde, reina —dijo, desdeñoso—. Los carroñeros de la prensa ya se han largado con las manos vacías.

—Carroñeros. Vaya... —Carla silbó por lo bajo.

—No lo digo por ti, eh. Son esos... ya sabes a quién me refiero. Peores que las hienas. Solo buscan morbo para su telebasura.

—Yo trabajo en prensa escrita.

—No me jodas, Carla. Tú ya me entiendes.

—Eh, solo he venido a hacer mi trabajo y ya está. No quiero problemas con nadie.

El agente se volvió hacia ella y torció la mandíbula.

—Carla, Carla... —dijo con una cantinela—. No hemos cambiado tanto, ¿verdad? Ni nosotros, ni tú.

—Un poco sí.

—Mira. Pasa esta tarde por comisaría y hablamos —propuso—. Pero te diré lo mismo que dije a los otros: si Elena Ferri estuvo aquí, ya no está. Quizá hizo como el resto de los turistas: visitó la laguna, compró algún recuerdo, comió un buen arroz de alcachofas y pato y de regreso a casa algo debió pasarle. Quizá se juntó con quien no debía. Ya sabes cómo son las actrices.

—Como los actores, supongo —masculló ella.

Vicente se pasó la lengua por los dientes y tamborileó los dedos sobre el volante.

—Oye —dijo, tras un instante—. Puede que haya pasado algo malo. Quién sabe. A veces ocurre. Dentro de un tiempo, encontrarán el cuerpo de esa pobre chica en un vertedero de Albacete y detendrán a un antiguo novio o algo así. Esa es la película. Pinta a final triste. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Nada.

—Nada —replicó satisfecho—. Eso es. Y ¿sabes por qué? Porque aquí, en El Clot, nunca pasa nada.

La única réplica fue el ronroneo del motor. Vicente bufó y negó con la cabeza.

—Escucha, Carla —dijo—. Me caes bien. Tu madre también me caía bien. No quiero darte una mala impresión. Solo hago mi trabajo.

Carla lo miró con una gran sonrisa.

—Yo también —dijo.

Vicente asintió varias veces y regresó la mirada al frente, quizá confundido por esa capacidad que siempre tuvo Carla para bordear la frontera de la paciencia ajena. De niña ya era una listilla. Nunca sabías cuándo te tomaba el pelo. Eso le ganó tantos enemigos como pretendientes, pero siempre fue un paso por delante de todos ellos. El coche patrulla se detuvo y Vicente señaló con el dedo.

—Ahí la tienes —dijo—. Tu casa.

Carla miró a través de la ventanilla y suspiró. Al otro lado, la casa en la que se había criado. Una más entre una docena de pequeñas viviendas adosadas, con la fachada descascarillada y los barrotes de las ventanas oxidados.

—Oye, Carla —añadió Vicente—. Me alegro que seas tú quien escriba sobre esa chica desaparecida.

Ella sonrió.

Gracias —dijo, al tiempo que tiraba de la maneta.

—Lo digo en serio —continuó el policía—. Hay temas que es mejor no tocarlos. No sé si me explico.

—Por supuesto —susurró ella, paseó los ojos de un lado a otro y concluyó—: Gracias por el paseo.

—De nada —dijo, y antes de que Carla cerrase la puerta, añadió—: Si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy.

Claro que lo sabía, ¿cómo iba a olvidarlo? Vicente era un trepa y un malnacido. No le sorprendió en absoluto descubrir que se había convertido en jefe de policía. En lugares como El Clot, la gente así suele llegar lejos. Utilizan rencillas y enemistades de los que no aspiran a ser como ellos para escalar y convertirse en concejal, alguacil, tesorero del ayuntamiento o incluso alcalde. Vampiros de la mala sangre. No valen para nada. Son un cero a la izquierda del interés común, un cero gordo y bien alimentado.

Tengo por aquí —déjame que las busque— otra serie de viñetas en las que aparece Carla tras el encuentro con *Panxa*. Son cuatro, verticales. Aquí están. En la primera se la ve de costado, con la mochila a los pies, mirando el coche patrulla alejarse. En un bocadillo sobre ella se lee: «que te den». En la siguiente continúa con los párpados entrecerrados, ceñuda. Me gustan sus pintas de tía fuerte. Mira qué brazos. Siempre fue así. De niña quiero decir. En la siguiente carga la mochila al hombro. Por último, ya de espaldas, se enfrenta a la casa familiar. Creo que se quedó así un buen rato, mirando la fachada, quizá transformando intuiciones en recuerdos fiables: marcas en la pared, el empujado, la madera rayada de la puerta, las jardineras arrasadas en el dintel de la ventana.

Las dibujé aquella misma noche, la de su llegada a El Clot, porque así fue como la vi la primera vez: frente a la morada de su infancia, con las llaves en la mano, paralizada ante lo que podía encontrar dentro.

Un reencuentro inesperado

—Hola —dije. Pero no me oyó y levanté la voz—. ¡Hola!

Entonces sí. Carla se dio la vuelta, no del todo, más bien me miró por encima del hombro. No me reconoció y yo a ella tampoco, aunque, de alguna forma, sabía quién era.

—¿Buscas a alguien? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y yo me acerqué.

—¿Bernat? —musitó al volverse.

—No *fotes*... —balbuceé—. ¿Carla?

En ese momento, un pequeño insecto volador se le metió en la boca y yo reí al verla hacer aspavientos, quejándose y escupiendo al suelo.

—¡Puto asco, joder!

—Venden por ahí unos sombreros... —sugerí.

—Ya lo he visto —replicó de forma brusca—. Sí.

—Todo el mundo los lleva por aquí.

—Tú no... —concluyó, todavía escupiendo al suelo.

Caminé hasta ella y le tendí la mano.

—Hola, Carla.

—Hola, Bernat.

Fue un saludo un tanto ridículo. Creo que ambos nos avergonzamos de una manera inmadura y juvenil, como si fuésemos otra vez aquellos adolescentes que comenzaron a salir por obligación contractual, porque eran amigos y estaban solos y se supone que esas cosas pasan. Tal vez ella se avergonzase más que yo, así que, para quitar hierro al asunto, le estreché la mano más tiempo del necesario.

—No me digas que has vuelto —dije.

—Es solo temporal.

—Si tienes algo en mente, debo decirte que estoy casado —aclaré. Ella sonrió apenas.

—Yo también —añadió—. Vengo por trabajo.

—Menos mal. —Resoplé aliviado y reí; ella no.

—Soy periodista —dijo.

—Ah, claro. ¡Es verdad! —Chasquéé los dedos—. Me comentaron que habías publicado un libro o algo.

Carla asintió y miró a otra parte.

—¿Qué tal todo? —preguntó, no a mí directamente, sino con la vista puesta en la aldea y en los edificios de apartamentos y, quizá también, en el vallado de seguridad y las torres de vigilancia en torno a la laguna.

—Tirando, como siempre. No me va mal —respondí—. Oye, ¿te vas a quedar en casa de tu familia?

—Eso había pensado.

Resoplé y me rasqué la coronilla, como hago cada vez que algo no me gusta.

—No te lo recomiendo.

—¿Por?

Miré tras de mí y señalé la furgoneta. Ella leyó el rótulo.

—¿Exterminador? —preguntó, ahora sí, sonriendo—. ¿Te dedicas a matar bichos?

—Ya te he dicho que no me va mal.

—Vaya...

—Deberías haber llamado y habría fumigado hace un par de días.

—No lo sabía. La verdad, había oído lo de los insectos, pero... —Levantó las manos y miró alrededor—. No imaginé que era para tanto.

—Sí. La gente alucina con eso. El Clot es un imán para los bichos y más a partir de primavera. Has venido en temporada alta —aclaré—. En invierno se nota menos. Te acabas acostumbrando, no es broma.

—Bueno, voy a quedarme aquí igual.

—¿Estás segura? —Asintió, con la vista puesta en el suelo. No me transmitió mucha seguridad al respecto, así que insistí—. Al final de la calle hay un hotel. No es el Hilton, pero oye...

—No, no hace falta.

—Como quieras. —Me encogí de hombros y tras un titubeo le ofrecí mi tarjeta—. Por si cambias de opinión o te hace falta cualquier cosa.

Carla leyó la tarjeta y murmuró:

—Gracias.

Me despedí, pero antes de alcanzar la furgoneta di media vuelta.

—A partir de las seis estaré en el bar de Cabota. Pásate y tomamos algo —dije.

—¿Todavía está abierto?

—Ahora lo lleva el hijo. Hay cosas que nunca cambian —concluí. Arranqué el motor y la dejé allí plantada, con la mochila a los pies, espantando mosquitos y moscas sin mucho entusiasmo.

Hogar, dulce hogar

La puerta se resistió un poco y una cortinilla de polvo se desprendió al abrir. Hice unos dibujos de esa escena. Los tengo por aquí: su silueta en la puerta y la sombra, muy contrastada y sin matices, arrastrándose por el suelo, explorando territorio enemigo.

«No es para tanto», se lee en el bocado sobre ella.

Pero sí lo era. Joder, claro que lo era: los muebles de pino, los cuadros con escenas de caza, la cocina desvencijada, manchas de humedad en las paredes... un auténtico desastre. Abrió las ventanas que tenían mosquitera y la brisa atenuó el hedor a tumba. Buscó su antigua habitación, al final del pasillo, y dejó la mochila en la cama. Desde la mesilla, un arlequín de porcelana la observaba en silencio. Había una telaraña enorme en un rincón. Se deshizo de ella con una escoba vieja. Después echó un vistazo al dormitorio principal. El colchón estaba enrollado sobre el somier. Huellas de cuadros en el papel pintado. Ni rastro de las fotografías familiares: poses

forzadas en retratos de comunión y bautizo a la puerta de la iglesia. Su hermana debió de recogerlo todo y guardarlo en alguna parte. Quizá lo tiró a la basura. Quizá lo quemó como en un ritual, un exorcismo. Si lo que pretendía era atacarla o hacerle daño, a Carla le importaba poco. Yo no sé lo que había entre ellas. Puedo imaginarlo, pero no dejan de ser suposiciones basadas en lo que dicen los vecinos y eso son casi todo mentiras y exageraciones. No lo sé. Solemos justificar las cosas según lo razonable y entendible, pero después de una tragedia como la que vivieron no hay lugar para la lógica. Lo que hiciese su hermana con todo lo que había en la casa, su enemistad o la misma presencia de Carla allí, tantos años después, solo puede entenderse desde el sentimiento. Vaciar la casa, quemar las fotos, romper los lazos... debe ser como extirparse un tumor con un abrelatas y una cuchara: cuestión de supervivencia y amor propio. Es gracioso, pero una vez la dibujé cuchillo en mano, con el pecho abierto y los ojos desorbitados. No sé por qué hice algo así. Supongo que Carla temía sentirse vacía. O peor, porque el auténtico horror —suyo, mío y de todos— es descubrir que estás lleno de oscuridad. Sí, puede que ella pensara eso, que todos lo pensemos y si no lo hacemos es porque le damos la espalda, cerramos los ojos a la posibilidad de incubar un monstruo en las tripas. Nunca se sabe. Quizá hiberna desde hace tiempo y se despierta hambriento un buen día.

He traído otros dibujos a la terapia, pero no ese de Carla con el cuchillo. Me deshice de él. No me pareció justo. Sentí que la estaba acusando de algo y lo sustituí por esta serie de viñetas: Carla plantada en la puerta de un dormitorio abandonado; la escena del crimen, de tantos crímenes. Cerró la puerta. Una larga fila de hormigas corría junto al zócalo del pasillo. Fue a la que había sido su habitación y abrió el armario. Una polilla enorme salió volando, golpeándose con las paredes y el techo. Ella gritó y corrió hasta un rincón, cubriéndose el rostro con las manos. Después, cerró la puerta de una patada. Uno de los goznes se desprendió y quedó colgando, desvencijada.

Nota del autor: confesión primera

Hace un tiempo me dio por dibujar tiras cómicas protagonizadas por los insectos que invaden El Clot. Pequeños chistes de dos o cuatro viñetas en los que una mosca le dice a otra: la vida es una mierda, y la otra responde: ¡ojalá! En alguna de ellas me retraté a mí mismo metamorfoseado en un enorme matamoscas o un sulfatador de insecticida. Me convertí en un hado del destino, una fuerza de la naturaleza que se oponía a otra fuerza mayor: la vida y sus consecuencias. En El Clot tenemos un exceso de vida, la otra vida: la que molesta y no te deja echar la siesta, la que no queremos ver en nuestra sopa. La laguna atrae a los insectos de kilómetros a la redonda. Nadie sabe por qué. Yo tengo una teoría, pero no la voy a explicar ahora porque no viene a cuento. La cuestión es que nos convertimos en parte de una narrativa superior; algo que no podemos comprender nos ha elegido para un propósito también incomprensible. De alguna forma, al dibujar aquellos insectos retrataba a mis vecinos y amigos y sus problemas cotidianos. Tengo una maleta llena de libretas y cuartillas con dibujos. Son una crónica vecinal, un diario en el que la realidad se camufla de ficción. Quizá algún día me decida a publicarlo. Lo que quiero decir es que, a veces, dibujaba escenas que no presencié, con personajes verídicos y que, quizá así, de alguna forma se convirtieron en reales. Creo que, al dibujarlas, hice verdad muchas de las cosas que

pasaron. Sé que suena a locura. Todos los terapeutas que me han tratado evitan esa palabra y, sin embargo, me preguntan mucho por ese aspecto, si yo realmente estaba convencido de lo que decía. ¿Por qué no? Lo estoy haciendo ahora mismo. La realidad es inaprensible.

La primera llamada

(Carla deja que el teléfono vibre en su mano mientras mira la pantalla. Está en el que fue su cuarto de adolescente. Pasó por el supermercado y compró productos de limpieza, algo de comer y cuchillas de afeitar. Todo el día limpiando, pero no se nota mucha mejoría. Sale al pasillo y camina hasta el salón. La vista fija en el nombre que aparece bajo la fotografía de una mujer que sonrío: Paula. Traga saliva. Desliza el pulgar de parte a parte).

—Hola.

—Hola, cariño, ¿qué tal el viaje?

—Bien. Cansada.

—¿Ya estás en la casa?

—Sí. Acabo de entrar. Estoy limpiando un poco.

—¿Está muy sucio?

—Lo normal. Muchos años deshabitada.

—¿Por qué no te vas a un hotel?

—Porque no quiero gastar dinero.

—¡Que pague el periódico!

—Amor... ya no funciona así.

—¡Y le pasas la factura!

—Si me voy a un hotel me quedará una miseria por el artículo. Para eso mejor me quedo en casa contigo.

—Pues sí. Ojalá.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Pasa que te echo de menos, eso pasa.

—Ya. Yo también te echo de menos.

—Sí, claro.

—Volveré pronto.

—Ya.

—Solo es una semana.

—Lo sé. Ya lo sé. Pero me preocupa que estés bien.

(Silencio largo. Demasiado largo).

—¿Le dijiste a tu hermana que ibas?

(Carla suspira).

—¿Se lo dijiste o no?

(El suspiro de Carla se transforma en un gemido).

(Paula insiste. Comienza enojada. Acaba casi en una súplica).

—Escucha —dice—, quiero que hables con tu hermana. ¿Lo entiendes? Dile que estás en la

casa. ¿Lo harás? Por favor, dime que la llamarás. No quiero que estés ahí sola.

—Bueno —interrumpe Carla—. Te llamaré esta noche.

—Oye, ¿estás bien?

—Cariño, por favor...

—Dilo. Dime que estás bien.

—Que sí. Estoy bien.

—Te quiero, amor.

—Sí.

EL CAU

(el bar de Cabota)

Yo estaba al otro lado de la barra y no la vi entrar. Pidió una cerveza y se sentó a mi lado.

—¿Todavía dibujas? —preguntó.

No supe qué responder. Me sentí un poco tonto y sonreí. Miré la libreta y el esbozo a bolígrafo del bar desde mi posición, con la barra trazando un punto de fuga infinito y los clientes dispersos, convertidos en manchas informes que daban la impresión de conspirar en pequeños grupos. Es oscuro y tétrico. Todo parece reptar en ese dibujo. Más tarde, decidí utilizarlo en el manuscrito final. Sonreí, quizá de forma siniestra. Eché mano al libro y lo empujé hacia ella.

La vergüenza cambió de bando. Por decoro desvié la mirada y supé que se sonrojaba porque lo vi en el silencio.

—Vaya... —dijo, por fin—. Así que algo te habían dicho de un libro...

—Algo me dijeron. Rumores —expliqué—. Lo compré y lo leí.

—Y ¿te gustó?

—Sí.

—Gracias —respondió tras suspirar.

—¿Vas a firmarlo o no?

—Joder, qué presión.

—No te pongas sentimental, eh.

Continué con el boceto mientras ella me dedicaba su libro. Durante algún tiempo guardé aquel dibujo oscuro del bar entre las páginas. Volví a leerlo el año pasado y comprendí muchas cosas. Supongo que el reencuentro con Carla me ayudó a vislumbrar las obsesiones que ocultaba en él. Escribir un libro es como jugar al escondite o a la gallina ciega, un ejercicio de búsqueda y camuflaje íntimo que requiere varias lecturas, como si a fuerza de profundizar en esas capas de palabras e imágenes uno llegase a comprender una verdad oculta incluso al autor. Una noche, cuando asumí que Carla había desaparecido para siempre, se me apareció en sueños. Caminaba entre las cañas, con el agua hasta las rodillas, en la ribera de la laguna. Las sombras y los tallos tajaban su figura y también el rostro, descomponiéndolo en una asimetría perturbadora. Ella, a pedazos, sus ojos fijos en mí, todo a la vista y oculto al mismo tiempo. Su libro era un poco como ese sueño.

—Ya está —dijo. Lo empujó hasta mí y dio un trago a la cerveza—. Gracias por comprarlo.

Leí la dedicatoria.

—Gracias a ti —repliqué.

Asintió varias veces, como paso previo a un ritual mágico que materializase todas las palabras que no íbamos a decir.

—¿Cómo te va con Marga? —preguntó antes de dar un sorbito a la cerveza.

No respondí. La miré, atrapado en un balbuceo eterno.

—Aquí enseguida te ponen al día —intervino, sacándome del apuro—. Ya sabes.

Asentí y resoplé aliviado.

—¿Os casasteis? —preguntó antes de estallar en una carcajada—. Disculpa las preguntas. Deformación profesional.

—Sí, nos casamos.

—¿Por la iglesia?

—No, joder —escupí con fingido enojo—. Tampoco es para tanto.

—¿Niños?

—Una niña.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije entre dientes, como un prisionero que confiesa a la primera de cambio y la traición le hace sentirse como una mierda.

Carla volvió los ojos arriba, en una pose ensoñadora, movió los labios, repitiendo el nombre de mi hija, muy despacio, sílaba a sílaba. Después sonrió y dijo:

—Es bonito. Me gusta.

Y yo dije que sí, que era bonito.

Miró a la barra.

—¿Cazalla? —preguntó con cierta complicidad.

—Claro —respondí, sorprendido.

Creo que en aquel momento, durante unos pocos minutos, Carla y yo fuimos realmente sinceros. Algo que pensaba desaparecido en el tiempo se encendió en mí. No sé cómo explicarlo. Nos acercamos a la barra y pidió dos chupitos y dos cervezas más. Cabota, que además del bar había heredado el apodo de su padre, la saludó sin efusión, como si se hubiese marchado el día antes y nada de lo que pasó hubiese pasado realmente. Así son las cosas en el pueblo: mañana saldrá el sol, algún día morirás, no hay que darle más vueltas.

—Yo también me casé —dijo, con el chupito en alto.

—Por las mujeres —añadí. Eso le hizo gracia.

Nos miramos a los ojos. Hay momentos breves en que un gesto supone mucho. La intuición te susurra al oído: está todo bien. Pasaron veinte años, veinte. Quizá no sea cierto eso de que el tiempo todo lo cura, pero al menos lo encierra en un cofre mohoso y tira la llave al mar. Matarile. En mi mente, mirándola a los ojos, la vi desnuda, sentada en el borde de la cama con la vergüenza de un polvo desastroso en los hombros y la certeza de que si algo estaba mal era ella. Supongo que se sintió culpable mucho tiempo por ser lo que era, por hacerme cómplice de sus inseguridades. En un sitio como El Clot hay normas que persisten más allá de la legislación y las buenas intenciones. Por eso huye la gente. Por eso, por los bichos, la laguna y tantas cosas que los persiguen durante mucho más tiempo del que están vivos.

—Ha corrido el rumor —dije, apoyado en la barra.

—¿Qué rumor?

—Que has vuelto.

—Oh —exclamó con pose teatral—. Sorpresa.

—Y que estás escribiendo sobre el pueblo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Alguien.

—Bueno, no he hablado con mucha gente hoy. Tres o cuatro personas, incluido tú. No es muy difícil adivinar quién ha sido.

—¿Has visto a *Panxa*? —pregunté, y aclaré al instante—: Vicente, el jefe de policía.

—Sí, claro. Me acercó a casa en coche esta mañana y me dio una charla sobre lo incómodo que resulta que alguien de fuera venga a husmear por aquí.

—Pero tú no eres de fuera.

—Eso piensa él. ¿Quieres otra?

—Claro. Oye, hay una cosa que es cierta —afirmé, buscando las palabras mientras despegaba la etiqueta del botellín de cerveza—: Los periodistas no son bienvenidos.

—Me lo imagino —replicó antes de gritar, brazo en alto—: ¡Dos más!

—Lo digo en serio. Hace un tiempo, al poco de levantarse la cuarentena, quemaron una unidad móvil de televisión. Ándate con ojo. —Carla sonrió de forma trémula, como quien no pilla un chiste—. Cuando empezó todo, después de El Incidente, esto se convirtió en un parque de atracciones. Vinieron de todas partes y con ellos un montón de colgados. No exagero: locos en plan mesiánico, hare krishnas, charlatanes, enviados de los marcianos... una fauna. Se crecían delante de las cámaras y los flashes. Ahora está más controlado. No hay cuarentena, pero los accesos...

—LOCK —dedujo.

—Loqueros por todas partes, sí —afirmé—. Ahora las visitas son limitadas y no se puede acceder a la laguna sin permiso de la Agencia. Ellos controlan todo.

—Y ¿qué tal se lo toma la gente? ¿Bien?

—Mejor que con los periodistas.

Carla apoyó el codo en la barra y miró alrededor, quizá repasando la clientela, sorprendiendo alguna mirada de soslayo.

—Mañana tengo una entrevista con un tal coronel Sayavong —dijo.

—No sé quién es.

—Supongo que se encarga de atender a los medios.

—Los loqueros han cambiado desde el final de la cuarentena —expliqué—. Digamos que siguen haciendo sus experimentos y vigilando la paz mundial, pero con transparencia. Hace treinta años, esto hubiese sido un Área 51; nos hubiesen metido a todos en probetas y abierto fuego contra cualquiera que se acercase a tres kilómetros. Pero ahora no pueden hacerlo. Se les fue de las manos desde el minuto uno. Por eso han optado por la colaboración y poner cara amable. La laguna es pública, todo el que quiera acceder tiene derecho a hacerlo, así que la única excusa para que sigan aquí es la seguridad de los visitantes.

—Y de paso controlan la laguna y lo que hay al otro lado —concluyó ella—. Es más o menos igual por todas partes. Solo que aquí les han parado los pies. *Visca València*.

Di un largo trago a la cerveza y paladeé la mezcla del lúpulo y el anís en mi boca.

—Oye, Carla —murmuré—. Dime la verdad. ¿Qué haces aquí? Pensaba que no volvería a verte nunca, después de lo que pasó. Tu hermana vino y se llevó algunas cosas. Supongo que no es que nos echas de menos, precisamente.

—Ya te lo dije —replicó—. Me han encargado un artículo a partir de la desaparición de Elena Ferri y pensaron que siendo yo de El Clot y habiendo ganado el premio el año pasado...

—Escuché lo del premio, es verdad. —Di un golpe de puño en su hombro—. Enhorabuena. ¿Qué se siente?

—Gracias —miró al suelo y regresó con algo que le interesaba más que mis halagos—. ¿Y ella? ¿Qué sabes de ella?

—Elena Ferri, claro —respondí con un titubeo vago—. La policía estuvo por aquí, haciendo preguntas.

—Lo sé. He leído el informe. Los periodistas hacemos esas cosas.

—¿Y?

—Y nada. Desaparecida.

—Ya.

—¿Sabes si alguien la vio? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Todos la vimos.

—¿Quién es todos? ¿Tú también?

—Oye —mascullé, torcí el gesto y eructé a un lado. Me tomé unos segundos para pensar bien lo que iba a decir, quizá no tan bien—. Te voy a contar algo y no quiero que imagines cosas raras.

—¿Cómo de raras? —replicó llena de sarcasmo—. ¿Raras nivel una laguna que comunica con un planeta a millones de kilómetros de la Tierra?

—No —respondí tan serio como en un funeral—. Raras estilo novela de misterio.

—Esto no es una novela, Bernat.

¿Por qué? ¿Por qué no era una novela y nosotros personajes de una historia que transcurre de forma independiente a nuestros actos? A mí todo me parecía eso, una ficción, algo que pasaba frente a mis ojos y que yo dibujaba entre salpicones de cerveza y cazalla.

—Estuvo aquí, en el bar, varias veces —expliqué—. Hasta ahí todo normal. La chica es famosa. Todo el mundo la conoce. Pero, a ver cómo te digo esto...

—Joder —dijo—, me estás acojonando.

—Frecuentaba compañías poco recomendables —concluí.

—¿Quién? —Abrió mucho los ojos—. ¿Elena Ferri?

—La vi salir de casa de una tal Martina Paulova, una rusa que vive cerca de la laguna desde hace un tiempo.

—¿Martina Paulova? —preguntó entre dientes—. No me suena...

—Sorpresa. No me digas que no sale en el informe policial —concluí con el tono hiriente de un borracho que se hace el listo.

Carla escuchó con atención, con el codo hincado en la barra húmeda y la quijada en el puño.

—Y ¿qué se supone que tengo que pensar? —preguntó mientras jugueteaba con el botellín de cerveza.

—Tú eres la periodista.

Se hizo atrás, repantigada en el taburete. La piel brillante por el repelente de insectos y el sudor. Apoyé la espalda en la barra. Las botellas habían dejado anillos de agua que se

entrelazaban.

—¿Sabes qué es lo mejor? —mascullé. Miré sobre el hombro a un lado y otro. Carla se acercó—. La policía pasó varias veces por casa de la rusa. Eso tampoco está en el informe, ¿a que no? Porque no fue la policía de València. Fueron los de aquí: *Panxa* y *Fideu*.

—¿Quién es *Fideu*?

—El segundo al mando —expliqué con un ademán desdeñoso—. Un gilipollas lameculos impresionante.

—¿Qué son? ¿Una especie de el Gordo y el Flaco en el Oeste?

—*Panxa* es el delgado —aclaré con una sonrisa maliciosa—. *Fideu* tiene un culo como esa mesa.

—Sois unos cachondos.

—Demasiado tiempo libre —añadí.

Carla se llevó las manos a la nuca y echó la cabeza atrás. Gimió al estirar los músculos de la espalda. Miró al techo, sin pestañear durante un largo instante. Cuando regresó a la conversación su rostro había cambiado, algunas partes ya no eran suyas: los labios tensionados, las cejas juntas.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Una drogata asquerosa. Puedo indicarte cuál es su casa.

—¿Por qué fueron a hablar con ella?

—No lo sé —dije—. Quizá sospechaban algo, pero...

—¿Por qué coño no les dijiste que Elena estuvo allí?

—Calma, Sherlock. Echa el freno —repliqué y di un trago a la cerveza. Cuando dejé el botellín en la barra procuré encajarlo en los surcos dejados por la humedad que empapaba el vidrio—. *Panxa* y *Fideu* fueron a interrogarla. Ellos son la policía, ¿comprendes? Puede que sospechasen algo, puede que no tenga nada que ver con la desaparición y, sobre todo, puede que prefieran dejarlo pasar porque no quieren...

—... mala prensa.

Carla asintió y desvió la mirada.

—Además —continué—. Tengo una reputación, ¿vale? La gente me deja entrar en sus casas. No quiero que piensen que voy por ahí espiando a nadie. Soy un tío muy observador —añadí.

—Sí, eso dicen.

No sé a qué se refería. Quizá a lo que compartimos en un pasado lejano. En aquellos días dejados al olvido, yo apenas sabía dos cosas: que quería ser dibujante profesional y casarme con ella. Fracasé en ambas.

—Bueno. Ya vale por hoy —dijo, antes de hundirse entre los hombros y frotarse los ojos con saña—. Mañana tengo visita guiada con el coronel y ha sido un día muy largo.

—¿No has visto la laguna todavía?

—No.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Quieres verla?

—¿Ahora?

Apuré la cerveza de un trago y me alejé un par de pasos antes de volverme. Vamos, dije.

LA LAGUNA

No mucho tiempo atrás trabajé en un proyecto de toma de muestras para calibrar la filtración de tóxicos y todavía tenía un pase que me permitía entrar al primer perímetro de seguridad de la laguna. La zona entre vallas. Los loqueros eran muy estrictos con eso. Nada de acercarse a la orilla ni a las plataformas sobre el agua, pero sí recorrer parte de un amarre que, evidentemente, estaba en desuso. Creo que a Carla le impresionó cuando los loqueros nos abrieron la verja. El sol se había puesto y la luna se reflejaba en la superficie del agua. Tenía el aspecto calmado y denso de la brea, como si no fuese más que un charco de petróleo derramado entre los carrizales. Al acercarnos, se apreciaron los detalles en las profundidades y un tenue resplandor bajo el agua.

—¿Qué es eso? —preguntó, boquiabierta.

—No sabría decirte —dije tras un gemido lleno de duda.

Carla se quedó un paso atrás, un poco de costado, como quien se acerca a una bestia enjaulada y no acaba de fiarse.

—¿Son...? —titubeó—. ¿Son las estrellas?

—Eso dicen.

Bajo el agua, el tenue brillo del cielo estrellado producía un efecto extraño y cautivador.

—Joder, es impresionante.

—Ahí se ven dos lunas —señalé—. Donde está un poco más oscuro. No parece que Plutón esté a la vista hoy. Es un día bastante flojo.

—¿En serio?

—A veces la luz ilumina el cielo. Como un foco. No sé de qué depende, pero va cambiando. Se ve Plutón muy cerca y tres lunas perfectamente. Cuando pasa eso, cuando hay tanta luz ahí abajo... eso sí que da miedo. Es como si fuese a abrirse de repente y... no sé.

—¿Has visto...?

—No. Yo no. Casi nadie lo ha visto. Hace años salieron unas fotos. Las mismas que habrás visto tú. Se ve perfectamente una silueta, pero sin estrellas al fondo. ¿Te imaginas el que tomó las fotos? Yo me hubiese cagado encima.

Carla tragó saliva, sin apartar la mirada del agua oscura.

—No hace mucho... —comencé a explicar, pero me detuve. Sonreí y me pellizqué el mentón antes de seguir. Ella me miró—. Esto no se lo cree nadie, pero un día estaba aquí mismo y algo asomó a la superficie. No pude verlo directamente. Fue muy rápido. Como un chapoteo o algo así. No lo sé. Escuché el agua y vi el reflejo de algo. Salí por patas sin mirar atrás.

—Quizá fue una rana o un pez —propuso, buscando el alivio de una confirmación.

—No hay nada vivo en la laguna —aclaré, quizá más tétrico de lo que deseaba—. Ni siquiera peces.

Carla abrió mucho los ojos y destellos de agua negra se reflejaron en ellos.

—¿No has notado nada raro? —la interrogué y me miró expectante. Su miedo me hizo sonreír—. No hay bichos. Los insectos vienen de todas partes pero se quedan alrededor, como si hubiese un muro invisible. Ni las aves migratorias la sobrevuelan.

—Joder —musitó.

—Sí.

El agua acariciaba la orilla a unos pocos metros de nuestros pies. Un golpe de brisa corrió sobre las pequeñas olas.

—Vámonos —dijo.

—Sí, mejor.

En tu casa o en la mía

Regresé pasada la medianoche. Marga y la niña dormían juntas. Me quedé en la puerta de la habitación, escuchando su respiración en la oscuridad. Después fui a la cocina. Acabé con las sobras de la cena y salí al salón con una cerveza. Encendí la lámpara sobre la mesa en la que dibujé. Es un armatoste de mis tiempos de estudiante, cuando pretendía ser algo en la vida. Ahora ni siquiera está inclinada y se ha convertido en una superficie en la que acumular trastos y juguetes. Esa noche dibujé dos páginas muy extrañas. Los insectos zumbaban en la tela mosquitera que los separaba del flexo. Algunos mosquitos y un par de polillas habían conseguido entrar y revoloteaban en torno a la lámpara, chocaban y caían en el papel.

La primera página se divide en dos viñetas. En la primera está Carla, de espaldas, frente a la casa familiar. Nubarrones negros en el cielo parecen brotar del edificio. Así la dejé cuando nos despedimos, ambos un poco borrachos, con esa sensación de que quedan muchas cosas por decir y que no tendremos muchas más oportunidades para decirlas. En la segunda viñeta, Carla se encuentra exactamente igual, pero la casa se ha convertido en una amalgama de insectos que se amontonan, formando paredes, vigas y tejado. Hay coleópteros, ortópteros, miriápodos y todo tipo de artrópodos, trepando unos sobre otros en un caos reptante. El cielo también. La nube más grande es una gigantesca cucaracha, abalanzándose sobre ella. Abre la puerta y hay bichos por todas partes: un manto vibrante que bisbisea, se arrastra y asciende piernas arriba. Entra. Camina como una equilibrista, pero es imposible no pisarlos y se oyen crujidos y salpicones precedidos por los estallidos de pequeños cuerpos segmentados. Carla respira a sorbitos. Siente que se asfixia. Se para frente a la puerta del dormitorio principal. Dentro suena un murmullo sordo, un sorber y roer en baja frecuencia. Estira la mano hasta el picaporte. Lo aferra con fuerza, pero no abre. Cucarachas y escolopendras trepan la hoja y le tientan el brazo con caricias ávidas de antena. Cuando por fin abre, el murmullo se convierte en un tumulto ensordecedor. Una montaña que se descompone y se forma de nuevo ha devorado la cama y se extiende por el suelo y las paredes. En el centro, un enjambre de moscas y mariposas gira y gira sobre sí mismo. Carla mira todo con ojos desorbitados, incapaces de cerrarse al horror. El sudor empapa su rostro desencajado y corre por el cuello.

Al día siguiente supe que había pasado la noche en el hotel al final de la calle. Le dije que era mejor fumigar la casa antes de instalarse. Aquello me confirmó la sospecha de que mis dibujos se convierten en realidad y soy un artefacto receptor: una pieza en el proceso de comunicación. Tampoco entiendo el mensaje. Pero existe.

El coronel

Carla acudió a su cita con el coronel Sayavong a primera hora. La hicieron esperar en un área de seguridad contigua al perímetro de la laguna. Al otro lado veía el muelle y los amarres abandonados en los que estuvo conmigo la noche anterior. Se acercó a la orilla. El cielo estaba cubierto de nubes y la laguna tenía un aspecto plomizo y apacible. Miró en la dirección opuesta. Llegaban los primeros autobuses con turistas. Incluso desde la distancia se apreciaba la nube de mosquitos, moscas y avispas que los atosigaba.

—¿Señora Babiloni? —preguntaron a su espalda.

Un hombre asiático, escoltado por un agente con la gorra calada hasta las cejas, llegaba a ella con la mano tendida. Como todos los miembros de la agencia, ambos vestían ropa militar negra, con el nombre bordado en el pecho y, en cada brazo, la insignia de la OTAN y el distintivo de LOCK: el globo terráqueo dentro de un escudo y atravesado, de arriba abajo, por una espada.

—Coronel Sayavong —se presentó. Hablaba castellano con un fuerte acento cubano—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Qué tal un paseo en barca?

El coronel torció el gesto, a medio camino entre una sonrisa y el desconcierto. Era un hombre esbelto para su edad, con los pómulos muy marcados bajo el abanico de finas arrugas que nacían en el vértice de los ojos. La piel ocre, casi tostada.

—Es broma —lo atajó Carla y él soltó una carcajada forzada—. La verdad, no sé muy bien qué responder. ¿Por qué no me enseña el tinglado?

—No puedo enseñarlo todo, usted comprenderá.

—¿Por qué?

—Tendría que matarla.

Las cejas de Carla se dispararon arriba.

—*Just kiddin'*, señora —rio el coronel y se hizo a un lado, invitándola a pasar, casi con una reverencia.

Cruzaron otra doble puerta de seguridad y accedieron a una pasarela que recorría la orilla de la laguna.

—¿Qué sabe de El Clot? —la interrogó Sayavong.

—Bastante —respondió—. Nací aquí. Pero me marché antes de El Incidente. Estudié en València y me mudé a Berlín.

—Las cosas han cambiado, ¿verdad?

—No lo sé. Deberían haber cambiado, pero no estoy segura. El mundo entero es otro desde El Incidente. Sabemos que no estamos solos; sabemos que hay una... no sé si es lo apropiado para usted, coronel, ¿una amenaza? —Sayavong asintió tras pensar un instante—. ¿Por qué no iba a cambiar este pequeño pueblo? Y más teniendo la laguna.

—Sé lo que usted quiere decir.

—¿En serio?

—Yo crecí en un pueblo pequeño. En Florida.

—¿Qué pueblo? —preguntó Carla, desplegando una libretita.

—Paxton —respondió Sayavong, atento a los garabatos de Carla—. ¿Ya ha comenzado la

entrevista?

—Hace rato, coronel —respondió ella.

—De acuerdo —asintió y se aclaró la garganta—. Me alisté en el ejército en cuanto pude. Cuando regresé todo era diferente. Más o menos. Habían derruido el autocine y teníamos un flamante centro comercial. Pero en el fondo... mire usted, hay cosas que solo cambian por fuera.

—Sí. Supongo.

—Claro que en Paxton no teníamos esto —concluyó refiriéndose a la laguna.

Ambos miraron el agua oscura.

—Supongo que usted habrá leído ya toda la información disponible —dijo Sayavong.

—¿Disponible para mí o disponible para usted?

El coronel apretó los labios, miró al suelo y caminó un par de pasos hacia la orilla.

—La laguna ocupa una superficie de veinticinco mil metros cuadrados —explicó de forma mecánica, señalando a un extremo y otro—. Es un óvalo perfecto de doscientos doce por sesenta y un metros, centímetro más, centímetro menos. No se comunica con el resto de humedales y campos de arroz de la zona. La profundidad es de sesenta centímetros; uniforme. Desde El Incidente se han descubierto otras ciento veintiséis lagunas en noventa y ocho países. Esta es la más grande con mucha diferencia.

—Y eso se nota...

—Sí señora, se nota.

—¿Cómo llevan la afluencia de turistas?

—Mire usted, señora, nosotros solo gestionamos la seguridad y el control de accesos —explicó—. Todo lo demás es cosa de la administración local y sus convenios con *business* privados.

Carla se acercó a la orilla y se acuclilló. Algunas burbujas aparecieron en la superficie.

—¿Qué hay bajo el agua? —preguntó.

—Nada.

—¿Cómo es posible?

Sayavong la miró con una especie de condescendencia que parecía divertirse.

—Ha dicho que la profundidad es uniforme... —continuó Carla.

—Es lo que muestran las tomografías.

—Entonces, tendrá un fondo, ¿no?

—No.

Carla asomó la lengua a los labios y miró a un lado y otro, brazos en jarras. Por un momento pensó en decir algo como: eso no tiene ningún sentido, pero decidió que lo único que obtendría como respuesta sería otra sonrisilla y el silencio de Sayavong.

—Ayer me comentaron que no solo se ven las estrellas bajo el agua. También Plutón y sus lunas. Y que a veces el resplandor ilumina el cielo —dijo Carla, sin mirar directamente al coronel.

—En alguna ocasión se ha dado ese suceso, sí. —Sayavong se balanceó antes de continuar—. Aunque no está bajo el agua, técnicamente.

—Ah, ¿no?

—No —el coronel se acercó y se acuclilló junto a ella, tomó un guijarro del suelo y lo arrojó a la laguna, cerca, apenas a unos metros de ellos—. Se ve bajo el agua, pero no está ahí.

Carla lo imitó. Tomó una piedra y la lanzó. Tras el chapoteo y las ondas que produjo en la superficie, preguntó:

—¿Qué pasa si alguien salta al agua?

—No lo sé.

—Pero ha ocurrido.

—Sí.

—Hubo muchos suicidios al principio.

—Hasta que LOCK instaló el perímetro de seguridad, sí. Pero no utilizamos esa fea palabra.

—¿Cuál? ¿Suicidios?

—Es un tecnicismo administrativo. Si no hay muerte certificada no es un suicidio.

Sayavong la invitó a seguir bordeando la laguna. En algunos tramos, caminaban a lo largo de una pasarela de madera, en otros, por un camino de tierra entre el cañizal.

—Me parece increíble —dijo Carla.

—¿El qué?

—La capacidad que tienen para aplicar la lógica a algo inexplicable. Se nota que son militares.

—No todos los miembros de LOCK provienen del ejército.

—Su libro de estilo es el mismo.

—Han pasado siete años. Nos hemos acostumbrado a la existencia de este lugar. Ahora es un bien de interés público. Pero no podemos bajar la guardia. Es necesaria una metodología para enfrentarse a lo que sea que ha provocado El Incidente y lo que pretendían con ello, ¿sabe usted?

—¿Una inteligencia extraterrestre?

—Tampoco utilizamos esa palabra.

Carla lo enfrentó con una mueca divertida y también incrédula.

—¿Me está diciendo que no sabe si son extraterrestres? —preguntó.

Sayavong se detuvo y la miró sin responder. Luego desvió la mirada a la laguna.

—No sabemos si son inteligentes —dijo entre dientes. Suspiró y siguió caminando con las manos a la espalda—. Quizá no es más que un fenómeno natural que todavía no comprendemos. Cinco años de cuarentena han servido para mucho, pero quedan preguntas sin respuesta.

—Vale. Usted gana. No diré suicidas...

—Preferimos *jumpers*.

—Qué poético.

—Otra consecuencia de las lagunas.

—¿Sabe una cosa? —preguntó, mirando a lo alto, como cavilando sus palabras—. A mí toda esa jerga y obsesión por controlar el lenguaje me parece muy militar. ¿No cree?

—Usted es la que trabaja con las palabras.

—Por eso no utilizo eufemismos. Digamos que, después de todo, esa gente quiere marcharse. De alguna forma se suicidan al tirarse al agua.

—Técnicamente, dejan de estar aquí para estar en otra parte.

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué?

—¿Tienen muchos *jumpers*?

—Alguno. Pocos.

—Pocos.

—Casi ninguno.

—¿Cuánto es eso?

—Uno durante este año. Un trabajador externo.

—¿Ningún turista?

—Ninguno. Ya no se permite el acceso a las plataformas sobre el agua.

—Entonces, los rumores que hablan de turismo suicida, ¿los dejamos pasar?

—Yo nunca escuché nada de eso.

—*Jumpers*.

—No tengo información de tal asunto.

—Nadie la tiene.

Ambos callaron un instante y otearon la superficie del agua, como si hubiesen llegado al final del paseo.

—Una conocida cantante y actriz desapareció aquí hace tres semanas.

—Lo sé. Aunque usted no lo crea, leo la prensa.

—¿Le interrogó la policía?

Sayavong la miró fijamente con un rictus indescifrable.

—Quizá ellos sí dan pábulo a esos *jumpers*... —concluyó Carla.

—¿Está especulando sobre la desaparición de esa mujer o es información contrastada? —El coronel afiló una sonrisa maliciosa—. Si es lo segundo le sugiero que acuda a la policía. Si es lo primero, no lo haga.

—*Touché* —replicó Carla—. Pero puedo publicarlo igualmente.

—Por favor... —dijo con un gesto paciente—. Se supone que trabaja para un medio internacional, un periódico serio, señora. Por ese motivo se le ha concedido esta entrevista. Dejemos aparte el sensacionalismo. La policía tiene una investigación en marcha. Si usted cree que tiene alguna evidencia acuda a ellos.

—No, no tengo nada.

—Carla... ¿puedo tutearla? —preguntó con un gesto cómplice—. Carla, ¿para qué tú viniste?

—Tengo que escribir un artículo. Dentro de un par de días me encerraré con mi libreta de notas y saldré con diez mil palabras. Una detrás de otra. Mucha gente las leerá en todo el mundo y yo cobraré por ello. Me pondré al día con el alquiler. Invitaré a mi pareja a una cena romántica. A un sitio no muy caro; de menú. La pregunta es: ¿qué palabras serán esas? Todavía no lo sé.

El coronel Sayavong asintió varias veces, como cavilando aquella respuesta. Después adoptó una pose marcial y ordenó al soldado que esperaba unos metros atrás:

—Acompañe a la señora Babiloni a la salida. —Le tendió una mano y apenas sonrió con un lado de la boca—. Disfrute de su estancia. Ha sido un placer —concluyó.

Le estrechó la mano sin fuerza. Ya se marchaba, cuando Carla lanzó un último dardo:

—Y usted, coronel, ¿por qué está aquí?

Sayavong le dirigió una mirada fugaz, dio media vuelta y regresó al edificio principal de las instalaciones de LOCK.

Despertar en primavera

Esa mañana me levanté casi a mediodía con una resaca tremenda. El bochorno pesaba como una mochila de pereza a la espalda. En el salón se oían las voces de Marga y la niña y también la televisión. Esperé en el umbral, rascándome la tripa, hasta que la niña me descubrió, abandonó sus juegos de un brinco y vino corriendo a mí. Marga pasó de largo y fue a la cocina. Había recogido el estropicio de mi mesa de dibujo: vaciado el cenicero y tirado las latas vacías. Las dos páginas que había dibujado se veían perfectas, una al lado de la otra. Cuando me asomé a la cocina y dije *bon dia*, no me respondió. La niña regresó a sus juegos frente al televisor y Marga aprovechó para decirlo, hacia el armario que tenía abierto, dándome la espalda.

—Ha vuelto —masculló.

—¿Quién?

Respuesta equivocada. Me miró como si hubiese meado sobre la tumba de su madre.

—Ah, sí. —Corregí al instante y me apoyé en la nevera—. Carla. Es verdad. ¿Sabías que es periodista? Está escribiendo algo para un periódico.

Asintió y se pasó la lengua por los labios. Me miró fijamente, como un reptil inmóvil. Sangre fría.

—Y se queda en su casa —dijo, subiendo el tono hasta el reproche que vino a continuación—. Porque tú se lo has permitido.

—¿Qué quieres que haga? —repliqué.

—Nada. Coges un par de lápices y arreglado. Muy bonito el dibujo con los bichos. Muy bonito.

—Pero... ¿por qué coño te pones así?

—¿Estuviste con ella?

—Sí. Nos encontramos de casualidad y...

—Bebiendo.

—Tomamos un par de rondas.

—Y la dejas volver a esa casa.

—Le dije que no pasaría la noche si no fumigaba antes. Se lo dije.

—Ya.

Cambió el peso de una cadera a otra, se secó las manos con un trapo y torció la mandíbula a un lado. Es como si la viese ahora mismo. Ese gesto tan suyo, tan desconcertante, que emplea cuando espera que yo continúe una conversación que ha nacido muerta, sin posibilidad de reanimación. ¿Qué espera que diga? Soy especialista en matar. Es mi trabajo.

—Cariño —protesté y juro que intenté no sonreír, lo intenté—, es bollera. Está casada con otra tía.

Marga soltó un bufido, lanzó el trapo sobre la bancada y salió de la cocina.

—Qué idiota eres, Bernat —escupió antes de coger a la niña en brazos.

Después de la entrevista al coronel Sayavong, Carla llamó a la puerta de Martina Paulova. Era una casita adosada de una planta, muy parecida a la de su familia, con una techumbre en la parte delantera y dos ventanas enrejadas que daban al camino y la acequia. La típica vivienda para marineros pobres y gente sin tierra. Del porche colgaban viejas redes de pesca, remendadas y mal cosidas, a modo de barrera para los insectos que invadían la zona. Moscas y mosquitos zumbaban

alrededor de Carla cuando la puerta se abrió.

—¿Sí?

Era una mujer rubia, muy pálida, con aspecto agotado y algo más, quizá falta de sueño, de sueños, como si guardase la amargura en las bolsas bajo los ojos o en los vértices de la boca caídos. Sin embargo, también era atractiva. No, esa no es la palabra. Me resulta tan difícil describirla como dibujarla, a pesar de que tenía la fotografía que publicó la prensa. Había sido una mujer poderosa, propietaria de un emporio con el que amasó una fortuna. Creo que eso se notaba en su pose, que algo quedaba de la energía con la que dirigió sus negocios, de todos aquellos a los que había tenido a su mando para acabar allí, en una casucha junto a la laguna. Aunque eso Carla no lo sabía todavía y no pudo encontrar una explicación al magnetismo de aquella mujer.

—Hola, ¿Martina Paulova?

—Sí. ¿Qué quiere?

—Desinfección y fumigados —dijo Carla, enseñando la tarjeta que le di la noche anterior—. Vengo a pasar una revisión.

—Una revisión... ¿de qué?

—De su domicilio —aclaró—. Si me permite.

—Yo no he llamado a nadie.

Carla dio un paso atrás y puso cara de sorpresa. Desplegó unas hojas arrugadas, comprobó el número de la casa y silbó.

—Pues su nombre está en la lista —concluyó, después de la pantomima.

—¿Mi nombre? Es un error —dijo al tiempo que cerraba la puerta.

Carla detuvo la hoja con el pie.

—¡Espere! —exclamó—. Es una promoción. Una revisión gratis.

La mujer dudó y miró a Carla de pies a cabeza.

—Solo son cinco minutos —añadió esta.

Martina miró atrás, como si hubiese alguien más en la casa. Sin embargo, cuando abrió y la invitó a pasar tan solo encontró desorden y porquería por todas partes. Carla entró a pasos pequeños.

—Comenzaré por aquí —dijo, fingiendo que revisaba el zócalo de la cocina y los rincones.

Martina esperó tras ella, brazos cruzados, sin quitarle ojo de encima.

—¿Vive sola? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—Sí —respondió Martina entre dientes.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—Cinco años.

—Vino a vivir a El Clot después de El Incidente —Carla lo dijo casi para sí misma.

—Sí.

—Al revés que mucha gente, ¿eh?

—¿Para qué quiere saber eso?

Carla se volvió y sonrió.

—Oh, solo es por si la casa pasó por un periodo de abandono...

—No —la interrumpió—. La compré a una familia. Ellos se marcharon.

—Vale. Así que la casa es suya...

Carla se agachó y miró bajo un mueble. En las sombras, entre el polvo y la suciedad, adivinó las antenas de las cucarachas ocultas.

—¿Tiene muchos? —preguntó.

—¿De qué?

—De bichos.

—No —respondió Martina—. Como los otros.

—Podría haber nidos, ¿sabe? Detrás de las paredes o bajo el suelo. ¿Cuántas habitaciones hay?

—Dos. ¿Acaba ya? Estoy ocupada.

—¿Trabaja en casa? ¿A qué se dedica?

—¿Qué importa eso?

—Nada. Es una pregunta opcional. No tiene que responder si no quiere.

—Pues no quiero. ¿Ha terminado?

—Sí. Creo que está todo correcto.

Martina fue hasta la puerta y abrió.

—Próxima revisión dentro de tres meses —dijo Carla antes de salir—. Muchas gracias.

—Adiós.

Secretos y virtudes

Todo el mundo tiene secretos inconfesables, escenas del pasado que prefiere olvidar o ha olvidado por completo. El autoengaño y las mentiras piadosas son estrategias de supervivencia. Hay algo ahí dentro, en ese lugar oscuro y viscoso en el que vive nuestro auténtico yo, agazapado, canturreando canciones infantiles y rimas tontas. Susurra: mejor no pienses en ello, mejor sigue adelante. Pero ¿quién ha trazado el sendero tortuoso de nuestra huida hacia el futuro? Consejo envenenado, arma de doble filo manchada por la casquería y la rentabilidad del tiempo libre. No mires atrás. A veces los secretos son fantasmas que regresan para atormentarnos cada noche, en esa casa familiar ruinosa que no sirve para resguardarse del horror cotidiano: la tortura de estar vivo y ser consciente de que todo sirve a un propósito enfermo y enfermizo. Sin embargo, otras veces, los secretos permanecen ocultos, como un tesoro que enterramos hace tiempo y que sale a flote por casualidad, como nosotros mismos, al llegar exhaustos a una costa extraña y hostil que nos despierta una leve remembranza. ¿He vivido este momento? ¿Por qué siento que todo se repite una y otra y otra vez? *Déjà vu* de remordimientos. Excavar en la arena de la playa con las manos y caer en el socavón de la verdad: el cofre de nuestra vergüenza. No hay monedas de oro, ni gemas, ni un cetro de marfil. Solo una corona. Reina de dípteros y coleópteros que vibran y corren por tus venas, por las mías, las de todos.

Nota del autor: confesión segunda

Hace mucho que no duermo bien. Más o menos desde antes de que naciese mi hija. Todo lo ocurrido durante la visita de Carla no ha hecho más que empeorar las cosas. En los últimos años, he pasado por periodos de insomnio prolongado. Durante los peores momentos de esas crisis, que han llegado a durar meses, me resulta imposible distinguir la realidad de la vigilia. Todo se reduce a una duermevela en la que funciono por impulsos. A ello, además, hay que sumar las pesadillas, ataques de pánico, alucinaciones y ansiedad que los médicos han definido como postraumática.

Dibujé la siguiente escena durante una de esas noches en vela, dos días después de que acabase todo. Había tomado notas de lo que me contó Carla, aunque ella no sabía que estaba trasladando a imágenes lo que pasó. Francamente, lo hacía sin un propósito concreto. Más adelante, dibujé por prescripción psiquiátrica, pero jamás pensé en publicarlo. Ni siquiera ahora, pasados los años, cuando ya LOCK ha levantado el secreto pericial, sé por qué lo hice.

Escena: principio

Carla sale. En un lado, desplazada a la izquierda, se ve a Martina, en la ventana, que la observa alejarse. Un coche aparca frente a la casa. Bajan dos hombres. Pasan bajo las redes y entran. Carla lo ve todo desde lejos, pero sus ojos los dibujé en primer plano, sin párpados, y en el iris se refleja la casita y el cielo estrellado que la acosa. Detrás, en la neblina húmeda que brota de las cañas y los carrizos, está ella misma. Carla de niña: rodillas peladas, uñas sucias, piel morena, chanclas de colores. Se esconde bajo la capa del terror.

Y al pasar la página todo se vuelve un poco confuso porque se ve el interior de la casa de Martina y, al mismo tiempo, a Carla pegada a un muro, espionando. No hay viñetas. Todo está mezclado, desde diferentes puntos de vista. Es una perspectiva extraña, lo sé, pero sucedió más o menos así. Lo importante es que uno de los hombres, el que tiene pinta de matón, espera en la puerta y el otro habla. Martina escucha. Hay miedo en ella, en la pose, la mirada al suelo, el silencio. Aunque quizá no es miedo. ¿Cómo se llama? Nunca he sido bueno con las palabras. Está encogida, esperando. ¿Qué espera? Yo lo sé, pero todavía no puedo decirlo. Debo conservar la tensión dramática. Después de todo, solo es una ficción; ocurrió, pero es ficción. Martina espera como todos nosotros, que también esperamos algo, aun sin saberlo, esperamos una llegada o una partida, algo que vuelve o que se va para siempre. Esperamos sentirnos vivos en este mundo vivo que se sustenta sobre carroñeros y tanatófagos.

«Aquí tienes —dice el tipo—. Para tus gastos».

Le tiende un sobre y ella lo coge, pero no revisa el interior, solo lo dobla por la mitad y lo guarda en el bolsillo del pantalón. El tipo mira alrededor. Pasa el dorso de la mano por la frente. El bochorno llena los pulmones al respirar.

«Joder, ¿por qué no enciendes el aire acondicionado? —dice».

Martina encoge los hombros.

«Y podías limpiar un poco —continúa él—. Esto es una pocilga».

Martina repite el gesto.

Es una página muy lenta. Con tantos silencios como detalles. El hombre camina en círculos, al estilo de una fiera enjaulada, aunque tranquilo. Viste pantalón y camisa oscura. Parece un cura sin alzacuellos. Tiene un tatuaje en el antebrazo, pero no se ve bien lo que es: quizá una serpiente y un cuchillo, azul y verde, difuminado. También tres puntos en el nacimiento del pulgar y una cruz en la primera falange del índice. Tensión. Mucha tensión. Palabras que habitan las tripas y asoman a los labios abortadas por la garganta.

«Ha llegado el momento —dice, finalmente».

Martina abre los ojos y, por fin, levanta la mirada del suelo.

Él sonrío. Es un gesto beatífico: los ojos claros le destellan, una aureola resalta su contorno. Martina se abalanza a sus pies, se aferra a los pantalones, da gracias entre jadeos. Él le permite la confianza un momento. La observa con placer sádico hasta que la coge de las manos. Se aguantan la mirada. Gabriel besa las manos de Martina: uñas rotas, heridas infectadas, piel de nicotina y arrugas de mugre. Tras el beso ligero, solo un contacto con los labios, las deja en suspenso, bajo la nariz, como si olfatease el código genético, el diario íntimo de su infancia y la culpa, allá al fondo, tras capas y más capas de miseria. Lo hace con los ojos cerrados y esa media sonrisa de tahúr zurdo, de tramposo profesional.

«Bendita eres —murmura. Entonces la mira. Martina tiembla—. Bendita entre todas las mujeres».

«Ay... —musita Martina. Las lágrimas afloran—. ¿Cuándo?».

La acaricia en la mejilla y deja la mano allí, bajo la mandíbula, como si se alimentase con el tacto del flujo vibrante que recorre las arterias.

«Pronto —dice. Los ojos le refulgen de felicidad. Ojos hambrientos—. No temas. Llegará el día del sol negro y con él todos seremos recompensados. Tú la primera».

«Tengo que verla —suplica, arrodillada, entre sollozos contenidos—. Necesito verla».

Él recoge, compasivo, un mechón de pelo descolgado.

«¿Dónde está? —continúa ella—. Por favor, Gabriel, dime ¿dónde está?».

El tipo levanta su rostro con ambas manos. Enseña los dientes, pero ya no es una sonrisa.

«Falta poco, Martina —dice—. Ten fe».

Martina apoya la frente en el cinturón de Gabriel. Él acaricia su pelo con ternura. Los ojos muy abiertos. No parpadea, como si hubiese olvidado hacerlo. Poco a poco, el resuello de Martina se convierte en un jadeo. Frota la cara en la entrepierna del hombre. Aspira con fuerza. Hince las uñas en sus muslos. Muerde sin fuerza el bulto bajo la tela del pantalón. Despacio, al tiempo que reparte besos en la cadera, le baja la bragueta. Gabriel bufa, paciente, pone los ojos en blanco. La detiene y la obliga a mirar arriba.

«No —dice. Sin alzar la voz. Pronunciando cada letra por separado».

Martina cae de costado y comienza a llorar desconsolada. Gabriel la observa con curiosidad científica. Se arrodilla a su lado. La acaricia de nuevo. Aparta los mechones de pelo rubio de forma meticulosa, librándolos de las lágrimas. Después se lleva los dedos a la boca y saborea la sal de Martina, sin prisa, mientras ella llora.

«Tranquila, cariño —dice—. Los que susurran tienen un lugar para cada uno. Pronto te reunirás con tu hermana. Juntas hasta el fin de los tiempos».

Gabriel se pone en pie y va hasta la puerta. El matón abre. Afuera se escucha el zumbido desquiciado de los insectos y su orgía de sexo y canibalismo a plena luz del día. Martina ya no llora. Solo respira fatigada por la boca, como un perro encadenado que yace moribundo al sol, con la vista puesta en un perol que no alcanza.

«Hay una periodista en el pueblo, haciendo preguntas —le advierte desde el umbral. Ahora sí, Martina lo mira, desde el suelo, pero su rostro ha cambiado—. Ándate con cuidado».

Salen y cierran la puerta. Martina queda tendida. Sus ojos viajan a muchas partes, corretean bajo el viejo sofá, patitas de aguja arañan la madera, escudriñan el polvo y la basura en los rincones con sus antenas, imaginando las repercusiones de ese anuncio. Hay una periodista en el pueblo.

EL CAU

(el bar de Cabota)

Escena: final

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿La cazalla está de oferta?

Carla me miró desde abajo. Los ojos un poco bizcos. Sobre la mesa tres botellines de cerveza

y varios chupitos vacíos. Sonrió. Se volvió hacia la barra y exclamó:

—¡Cabota!

El propietario asintió y dispuso sobre la barra otra ronda para ella y una para mí.

—¿Qué celebramos? —pregunté cuando me senté a la mesa.

—Mañana vas a fumigar mi casa —respondió.

Brindamos con los chupitos y los bebimos de un trago. Después dimos un sorbo de cerveza.

—Te lo dije —mascullé tras eructar.

—Estoy acostumbrada.

—Pasaré a primera hora.

—Vale.

—Son veinticuatro horas de cuarentena.

—Poco me parece —dijo y sonrió de forma tétrica—. Entras y los matas a todos. Todos bien muertos.

Tenía una posición incómoda: los hombros hundidos, el pecho recogido y los brazos hacia dentro, sobre los codos. Me pareció que había perdido peso, como si hubiese menguado desde que llegó a El Clot. Saqué mi libreta y comencé a garabatear porque es lo que hago cuando no sé qué decir. Boceteé una de las botellas vacías y, en el interior, un hombre desnudo, intentando salir; supongo que era un hombre, aunque no quedaba claro.

—He ido a ver a Martina —dijo, antes de dar un trago, con el botellín apoyado en los labios.

Dudé un momento. Cerré la libreta y apoyé las manos en la mesa. Carla sacó un cigarrillo y lo llevó a la boca. Jugueteaba con el mechero entre los dedos. Esperé a que continuase, quizá más de lo debido.

—Qué mujer más extraña —hablaba para ella misma. Como una borracha cualquiera—. ¿La conoces? Es rara. Tiene algo. Estuve en su casa. Lo siento. —Rio—. Dije que trabajaba para ti. Que era una revisión rutinaria. De verdad, lo siento.

Repliqué: no pasa nada. O lo pensé y apenas murmuré. Di un trago a la cerveza y dejé espacio a los devaneos de Carla. Había algo malicioso en ello, como permitir que un niño se acerque a un precipicio a jugar con una pelota que yo mismo le había dado y esperar, solo por curiosidad, a ver qué pasa. Fue durante esa conversación cuando me descubrí en el personaje espectador que soy ahora: ese tipo grandote y desgarrado que mira desde la segunda fila. ¿Acaso no es mi papel en la historia del mundo? Si tengo que sentirme culpable no es por mis actos, sino por aquellas cosas que no hice. Como detener a Carla en aquel momento. Marga tenía razón, soy un idiota. Aunque yo añadiría, un idiota peligroso, de los que ven arder el mundo y ni siquiera echan mano a un cubo de agua. Solo miro, dibujo, bebo y sigo mirando.

—¿Te suena un tal Gabriel? —me interrogó—. Uno con pinta de macarra metido a misionero. Todo de negro. Con el pelo engominado y tatuajes. ¿Te suena?

Respondí sin hablar: no, no me suena. ¿Sabes lo que me suena? La alarma antiaérea. Se avecina bombardeo. Corred al refugio. Huid si todavía estáis a tiempo.

—Los vi en su casa —continuó, bajando el tono, mirando alrededor—. Ellos a mí no. Me escondí y, joder, fue una visita muy rara. ¿Qué sabes sobre la tal Martina? ¿De dónde ha salido?

—Ni idea —respondí, mientras despegaba la etiqueta de mi cerveza—. Es rusa. Llegó hace un tiempo. No sale mucho. Y, bueno... aquello que te dije.

—Pues ya sé más que tú. He estado investigando un poco —dijo. Levanté la vista y ella sintió

la necesidad de explicarse a pesar de mi gesto alerta—. Cosas que hacemos los periodistas, ¿sabes?

Eché mano a la cerveza, dando un rodeo, antes de preguntar: ah, ¿sí? y ¿qué has averiguado? Mira la pelota, va hacia el precipicio. Corre a por ella, Carla. Ve.

—Que no es rusa. Es ucraniana —respondió—. Y, sorpresa, era millonaria.

Lo escupió con desparpajo alegre y rio cuando me atraganté.

—¿Milloqué?

—Lo que oyes —explicó—. Dirigía una empresa que tenía delegaciones en tres continentes.

—¿En serio?

—Y tanto.

—No puede ser.

—Era muy rica. Mucho más de lo que seremos tú y yo jamás.

—Pero... —musité al tiempo que miraba a la puerta del bar, como si imaginase allí a Martina, sus pintas de pordiosera. No puede ser, repetía en mi cabeza. A mí solo me dio la impresión de ser una triste adicta que no salía de casa más que para comprar tabaco y que, cuando lo hacía, parecía un desecho huesudo que hubiese escapado del museo de cera el día más caluroso del año.

—¿Sabes si tiene una hermana? —me interrogó, suspicaz—. ¿No has visto a otra mujer como ella por aquí?

—No.

—¿Estás seguro?

—Se sabría —respondí—. Alguien la hubiese visto y ni siquiera de visita en vacaciones ni nada de eso —expliqué—. No hay ninguna hermana.

Carla meditó mi respuesta antes de continuar.

—Pues la tenía. Una hermana. Encontré algunas cosas en internet. Se llamaba Alexia Paulova. Heredaron el imperio familiar y juntas dirigían el cotarro. Debían de ser unas mujeres increíbles —dijo—. Imagínate la política y la economía en Ucrania hace quince años. Y ahí estaban ellas. ¿Qué crees que le pasó para acabar aquí y de esta forma?

—No sé —titubeé con un gemido—. ¿Por qué tengo la impresión de que me lo vas a decir?

—El Incidente —respondió y dio un largo trago, ceja en alto.

—¿El Incidente?

—Hace siete años su hermana desapareció de la primera plana sin dejar rastro. A Martina la echaron de sus propias empresas. ¿Dónde está el dinero que cobró? ¿Dónde están todas sus propiedades? Piensa. ¿Qué ocurrió hace siete años?

—El Incidente —murmuré al tiempo que Carla desplegaba la mano sobre la mesa, como mostrando las evidencias.

Carla asintió con rotundidad. Sí, El Incidente, la extraña aparición de cientos de lagunas por toda la superficie terrestre que, al parecer, comunicaban con un lugar muy lejano del sistema solar.

—Pero... —continué, negando con la cabeza— ¿por qué?

Carla se encogió de hombros. Sus ojos recorrieron la mesa. Una polilla había quedado presa en la humedad dejada por los vasos y luchaba por escapar, arrastrándose. Las alas empapadas, hecha un guiñapo.

—Eso todavía no lo sé —respondió con indiferencia, casi con un tono ausente—. La gente se volvió muy loca con eso. ¿No crees?

—Sí —añadí, caviloso—. Muy loca.

—¿Cómo está Marga? —preguntó de repente.

Clavó en mí sus ojos oscuros. Titubeé ante los labios prietos. Esos labios que besé un día, como quien besa un cuchillo o una cuerda de acero tan tensa que puede cortarte el cuello.

—Bien —respondí después de encogerme y mirar a otra parte—. Dice que soy un idiota por dejar que vuelvas a tu casa.

—Ya —dijo.

Remató la cerveza de un largo trago y eructó.

—Carla —dije con suspicacia—, ¿qué pasa? Oye, si esperas que lea entre líneas, no es lo mío. Llego aquí y te has bebido toda la cazalla de Sollana y, bueno, ¿qué ocurre?

—Es este lugar —musitó, sin levantar la vista de la polilla que se arrastraba en la mesa—. Me cansa. Se me mete dentro como...

Dio una palmada, levantó los brazos con un aspaviento etílico y se dejó caer en el asiento.

—Y ya es oficial —confesó—. Todo el pueblo cuchichea a mis espaldas. Hola, he vuelto —dijo con una mueca amarga y preñada de desidia.

—Sí —corroboré—. Ya sabes cómo son.

—Y lo peor es que sospechan de mí. Creen que voy a escribir un artículo poniendo a parir el pueblo, ¿a que sí? —añadió con sorna hiriente—. Dime la verdad. Piensan que he venido a destapar ¿qué? ¿Qué voy a desvelar al mundo? ¿Que este lugar es un agujero? ¿Por qué? ¿Por despecho? ¡Ja! Se sienten culpables y esperan una especie de venganza divina o algo de eso. Pero ¿sabes una cosa? A nadie le importa una mierda este lugar. Sobre todo a los que vienen de visita. Solo quieren laguna y bichos. Y da igual lo que yo escriba; se acabará cuando se acabe. Podéis culparme si queréis; usadme como chivo expiatorio, como pasatiempo; culpádmeme, pero yo no tengo nada que ver. La gente de este pueblo se da mucha importancia. Por eso soy una amenaza, porque os veo desde fuera y puedo deciros que ¡a nadie le importa!

—Carla —intervine y, por un instante, pensé en coger su mano, pero mi gesto se quedó a medio camino, en las trincheras que surcaban el espacio entre botellas y vasos—. Oye...

Quizá vio mi intención de acercarme, de buscar un camino, no lo sé. Apartó la mano. La desplegó frente a la polilla que se arrastraba sobre la mesa. Apuntó con el pulgar y el índice y la disparó bien lejos de un capirotazo. Restos del insecto quedaron en su uña y se limpió en la camiseta.

—Me voy a dormir —masculló con los vértices de la boca sumergidos en la derrota. Al ponerse en pie se tambaleó un poco—. Dormir está bien. Mañana escribiré un artículo de mierda sobre este lugar de mierda. ¿Sabes por qué? Porque tengo que pagar facturas. Cuando todo acabe, solo quedarán facturas. —Se alejó balbuceando.

El largo camino de regreso

Doce viñetas. Se alterna una grande y una pequeña. Alguna vertical, la mayoría apaisadas o cuadradas. Primeros planos y planos generales. Dos páginas.

Carla regresa al hotel. Camina por el centro de la calle. Los conos de luz de las farolas y las

trampas suspendidas de alambres son devorados por nubes de mosquitos y demás insectos voladores. Se cubre el rostro con una mano y bracea con la otra, como alguien que se ha extraviado en plena tormenta de arena.

Nota: Cumplió con su intención de no ponerse uno de esos sombreros de apicultor que vendían en cualquier parte. ¿Por qué? Quién sabe. Mi primer psiquiatra dijo que quizá se negaba a taparse la cara, que no había vuelto al pueblo para esconderse y que había luchado toda su vida en ese sentido. También dijo que yo la odiaba por eso. No estoy de acuerdo. Yo no la odiaba, pero ¿quién sabe?

Fachada del edificio en que se hospeda. Luz en una de las ventanas.

Carla tumbada en la cama. Tras la mosquitera. Desnuda. Su cuerpo áspero de arcilla moldeada. El vello oscuro en el pubis, el ombligo como un ojo vertical y los pezones grandes y morenos que no se corresponden con el tamaño de los pechos pequeños.

El termómetro de la fachada marca treinta y un grados.

Carla mira el teléfono en la oscuridad. Allí donde la luz de la pantalla la ilumina, la piel se convierte en una membrana opaca.

Primer plano de sus muslos. Hay cicatrices nuevas y viejas. Cortes largos y finos. Algunos rosados. Algunos abultados, que en su momento fueron profundos, sangrantes.

Un enorme coleóptero sobre el vidrio de un farol en el exterior. A su alrededor revolotean los mosquitos.

Pantalla del teléfono. Mensaje de Paula.

En su vientre también hay cortes. Más allá del ombligo. Uno es reciente, todavía como una costra fina de color granate.

Carla contempla el mensaje.

¿Leer? ¿Descartar?

Su rostro impertérrito. Gotas de sudor empapan el cuello.

Apaga el teléfono.

Oscuridad.

Fumigando

Entré en la casa, cerré la puerta y estuve un rato allí plantado, incapaz de dar un paso más. No se puede detener la memoria, ignorar los recuerdos y hacer como que nada ha pasado. Los que lo consiguen son héroes de la cobardía. Yo no pude. El pasado llegó como una niebla que avanza desde los rincones y conquista el suelo bajo los pies. Vértigo. Estuve allí de niño. Recuerdo a su madre y a su hermana y también a ella, a Carla, con las rodillas peladas y los brazos fibrosos, como raíces demasiado largas en busca de un firme en que sustentarse. Recuerdo muchas cosas de las que no quiero hablar. No me siento con fuerzas. Estuve allí plantado durante un buen rato.

Me vestí con el mono de plástico, gafas de protección y una mascarilla que debería renovar más a menudo. Comencé a fumigar por la cocina.

El padre de Carla siempre me pareció un tipo majo. Hacía bromas todo el tiempo. Era muy chistoso. A veces se metía con nosotros. Tenía un mote para cada uno y algunos de ellos

sobrevivieron en el tiempo. Esa fue su obra para la posteridad. Aunque no la única.

Entrar en la habitación de Carla fue como profanar un santuario. Quiero pensar que a ella también le pasó. Penetrar en aquel pequeño nicho de cama individual y papel pintado. Allí vivió una niña. Durante un tiempo lo fue. ¿Para qué había vuelto, realmente? ¿Para encerrarse entre cuatro paredes? Ahora lo sé. Ya lo he descubierto. Pensamos la vida como una línea temporal en la que irrumpen los acontecimientos, pero eso no es del todo cierto. Hay cosas que te persiguen, puertas que no se cierran de ninguna manera. Al final resulta que vivimos huyendo, como en una pesadilla de esas en las que corres pero no avanzas. Hasta que mueres y despiertas y te libras del sufrimiento. Hay que verlo así. Mi psiquiatra odia esa metáfora. Dijo que no debo pensar en ello, que es como entrar en un túnel que yo mismo apunto al sufrimiento. Imprimió un documento con algunos consejos, trucos para domar la mente. Entre nosotros, puede meterse su magia de diván por el culo. Sé lo que me digo. Aquel cuarto infantil que apestaba a humedad y pobredumbre era un mausoleo. Como el pueblo entero. Cementerio. Desde la ventana veía el perímetro de la valla, una torre de vigilancia y, al fondo, la laguna.

Cuando salí al pasillo me sentí como un hombre del espacio, caminando en la Luna, escuchando mi propia respiración silbar en el comunicador.

Base, aquí Luna, voy hacia el dormitorio principal.

Luna, mala idea. Aléjate de esa habitación.

Base, voy a hacerlo. Voy a abrir la puerta.

Luna, por favor, no lo hagas. No mires ahí dentro.

Es parte de mi trabajo: enfrentarme a los engendros informes que habitan bajo la cama. Los monstruos de nuestro prójimo. Los míos. A veces pienso si los pecados de uno de los nuestros son los pecados de todos; si permanece en la memoria colectiva la cicatriz que deja la maldad y ejerce como lastre que nos hunde. Náufragos de la vida por el plomo de los errores ajenos.

Abrí la puerta y fumigué. Máталos a todos, dijo Carla, a todos.

La segunda llamada

Viñetas pequeñas, que muestran objetos fuera de foco. La escena retrata la conversación de Carla con alguien del periódico, alguien que paga su nómina.

(Dos moscas en el pantalón de Carla. Una mano en el bolsillo).

—Venga, no me jodas, es un hotel barato —se queja.

(Hombro desnudo en primer plano. Varios mosquitos y una avispa al fondo).

—No lo sé. Un par de días —explica—. Estoy pillando el tono.

(La fachada de una casa cubierta por tela mosquitera. Tras ella, sombras que observan).

—¿Sayavong? Loqueros... —responde—. Discurso oficial. Parece que desvela mucho, pero nada nuevo. Lo mejor es... me voy a arrepentir de decir esto, pero lo mejor es el pueblo. Este lugar.

(Un coche que pasa. El morro y los faros totalmente cubiertos por una costra de insectos muertos).

—Sí. Le sacaré punta. Confía en mí. Voy a escribir algo bueno. Porque lo que pasa aquí es... La

he visto. La laguna. Todo, todo lo que hayas oído alguna vez se queda corto. No tiene nada que ver con... las otras parecen charcos sucios y esta es... impresionante. Impresionante. Se ve Plutón y sus lunas. No, no te lo puedes ni imaginar.

(El pelo de Carla, recogido en una cola. Una mariposa se ha detenido en su espalda).

—Es difícil de explicar. Ya sé que es mi trabajo. Tengo que encontrar las palabras. Creo que comenzaré por ella, por Elena Ferri. Voy a dar por cierta la versión oficial, pero también los interrogantes. Y luego me centraré en otras desapariciones. He estado investigando. ¿Sabes cuánta gente vino aquí para no volver nunca? Son casos que no se contabilizan en ninguna parte. No hay pruebas de nada. No hay ningún rastro que seguir.

(Perfil de su cara. Contraluz. Al fondo el sol, deslumbrante).

—Creo que...

(La boca entreabierta. Se ven los dientes. Cerca del teléfono).

—No hay pruebas ni nada de eso, pero...

(Plano general. Carla, de espaldas, el peso sobre la cadera izquierda. Viste camiseta de tirantes y pantalón con muchos bolsillos. Unas cuantas moscas revolotean a su alrededor).

—Creo que Elena Ferri se tiró a la laguna. Creo que hay gente que viene para eso, para tirarse al agua. A lo que sea.

(Una mariquita en el tirante de la camiseta. El hombro. Unas pocas pecas y el vello de su nuca, bajo la coleta).

—No sé por qué haría algo así. Ya te he dicho que no hay pruebas. Es una intuición.

(Carla cabizbaja, de frente, con los ojos sombríos).

—No voy a escribir suposiciones, joder. Un par de días más. Dame un par de días y me largo.

(Sus dedos sobre el teléfono. Cuelga).

(En la pantalla se lee: nuevo mensaje de Paula).

(Sus dedos se desplazan. En la pantalla del teléfono se lee: ¿Ignorar?).

(Primer plano de la rueda de un coche que se detiene y levanta polvo).

Caja de diálogo desde fuera de escena: «¡Babiloni!»

Una zorra fisgona

El plano se amplía. La escena ocupa toda la página. Carla está a la derecha. Al fondo, el coche patrulla y Vicente, el jefe de policía, que sonrío desde la ventanilla. Empuja las gafas de sol arriba y dice:

—Te he estado buscando.

Carla guarda el teléfono en el bolsillo y dice algo sin efusión alguna. Se acerca al coche. En el asiento del acompañante, un agente tan grueso que resulta inexplicable cómo ha hecho para entrar en el vehículo. También la observa tras las gafas de sol mientras masca chicle.

—Oye —dice Vicente, en tono jocos—, me han dicho que estuviste con un jefazo de los loqueros.

—Sí —explica ella, espantando los mosquitos con la mano—. Es mi trabajo. ¿Recuerdas?

El jefe Vicente ríe de forma exagerada y golpea el volante. Se vuelve hacia su compañero.

—¿Te lo dije? ¿Te lo dije o no? —pregunta, a lo que el otro asiente sin dejar de mirar a Carla, paseando el chicle de un lado a otro de la oronda boca—. Qué muchacha. Hay cosas que nunca cambian, ¿eh?

Carla aplasta un mosquito que había aterrizado en su antebrazo y se mira los dedos.

—No me has llamado, reina —continúa Vicente, quejoso—. ¿Qué pasa? ¿No quieres una versión oficial?

—Igual mañana me paso por comisaría —replica ella.

—Menudo entusiasmo —añade, suspicaz—. Que lo hago por ti, eh. ¿Cómo va ese artículo? Ven a verme y le echaremos un vistazo.

—Espera —salta Carla—. Tengo algo mejor. ¿Por qué no lo vas escribiendo y ya me paso a corregirle las faltas de ortografía? ¿Te parece bien?

El gesto de Vicente se amarga mientras cavila contenido la respuesta de Carla.

—A lo mejor estoy ocupado para entrevistas, ¿sabes? Si no estoy, estará Perot —apunta, señalando al otro que asiente—. Él puede ayudarte. En lo que sea.

Carla dice algo que no se escucha y mira a otra parte.

—Oye —dice Vicente, bajando el tono—. Es una broma, ¿vale? Solo cachondeo. Ya te dije que mejor si vas poco a poco, ¿sabes? La gente habla. Vas al bar de Cabota. Te pones caliente tú sola, venga la cazalla y bueno... la gente habla, joder. Se preocupan por su futuro y su futuro es el mío. ¿Sabes lo que quiero decir?

—No —replica ella con una sonrisa—. ¿Qué quieres decir?

—Que no nos gustan las zorras fisgonas —añade Perot de forma brusca.

Vicente lo mira sorprendido, pero al instante estalla en una carcajada, dando por buena la respuesta de su subordinado.

—Soy la zorra más fisgona que te has echado a la cara —dice Carla con un gesto burlón—. Y me encanta retozar en la mierda y publicarlo luego para que se entere todo el mundo. Vaya putada,

¿eh, Fideu?

El rostro de Vicente se descompone y, como el de su acompañante, queda lívido por un momento.

—Oye, payasa —masculla, apuntándola con el índice—. Estoy siendo amable porque me caía bien tu madre y siento mucho lo que le pasó. Pero no tienes la suerte o te meto una patada en la boca que el próximo coño que te comas lo harás con pajita. ¿Entendido?

Fideu estalla en una risa mecánica, diésel, que hace vibrar toda su grasa arriba y abajo.

Vicente sube la ventanilla y el coche sale tras un fuerte acelerón que hace derrapar las ruedas delanteras. Carla escupe a un lado, quizá un mosquito.

Dos mujeres. Dos veces

Esta es una escena rara. No sé por qué digo eso. Quizá lo sea para mí o lo fue en su momento porque no podía entenderlo. La dibujé dos veces. La primera con un estilo muy tosco, a bolígrafo, de líneas muy marcadas y una perspectiva enfermiza. Luego, tiempo después, decidí que algo no estaba bien allí. Eran dos mujeres hablando y sobraba algo. Sobraba yo. Así que cambié todo. Lo hice a lápiz, mucho más luminoso, suavizando el contraste, sin sombras, con un punto de vista que cambiaba de un lado a otro y planos abiertos. Todo muy cinematográfico.

Carla estaba en su casa cuando Marga llamó a la puerta. Había pasado la última media hora apoyada en la pared, mirando el suelo. Al escuchar los tres golpes en la puerta —toc, toc, toc— dudó un momento. Muchas cosas pasaron por su cabeza hasta que abrió y encontró a Marga. Se quedó pasmada y Marga habló.

—Hola —dijo y sonrió y, al enseñar los dientes y levantar una mano, Carla se relajó.

Nota: Será mejor que explique lo que pasa cuando Marga sonrío porque no es algo que ocurra muy a menudo. A veces te mira con aspecto de «tonterías las justas». Piensas que puede cruzarte la cara de un bofetón, pero sonrío y te pillas a pie cambiado. A ella le gustaría hacerlo más a menudo: ser amable, bien hablada y suave como una boa de plumas. Me lo dijo hace tiempo, pero no se le da muy bien. Marga no es de esas. Es dura porque no tiene otra opción. Las opciones escasean por aquí y ella se siente culpable como si fuese culpa suya.

Carla se hizo a un lado y la dejó pasar.

—Cuánto tiempo —susurró como si un remordimiento ajeno le mordiese los tobillos.

Marga ya no sonreía. Miró alrededor: muebles viejos y desvencijados, paredes manchadas de humedad, butacas de escay que escupían las tripas en los reposabrazos...

—Vaya peste —dijo, pero añadió al instante—: Ya ha pasado Bernat por aquí.

Carla asintió. Se miraron y cerca estuvieron de estallar en una carcajada.

—Quiero decir que ha fumigado —aclaró Marga—. Tú ya me entiendes.

—No puedo ofrecerte nada —se disculpó Carla, señalando la cocina—. Todavía no me he instalado.

—Da igual —replicó—. De verdad.

—Ya.

—Sí.

—Pero ¿vas a instalarte?

—¿Eh?

—No estoy cotilleando ni nada de eso...

—Me marchó en unos días. Solo quería pasar una noche por lo menos aquí.

—Ya —masculló.

—Pensarás que soy masoca o algo.

—No. Para nada.

Carla asintió y cruzó los brazos frente al pecho.

—Tu hermana estuvo aquí hace tiempo —dijo Marga—. Bastante. Estaba yo embarazada, así que hará por lo menos... tres o cuatro años. Cómo pasa el tiempo.

—Sí.

—Pero no se quedó a dormir ni nada.

—Ya supongo. Sí.

—¿Sabes algo de ella?

—¿De mi hermana? No. No sé nada. Apenas tenemos relación. Ella lleva su vida y yo la mía.

—Ah.

Habla la casa. Silencio largo.

—Entonces tenéis una niña —dice Carla.

—Tres años tiene. Casi cuatro.

—Qué bien.

—Es un demonio.

Carla rio.

—No, en serio —corrigió Marga—. Es muy buena.

Ambas miraron alrededor, como si fuesen a encontrar al apuntador bajo el proscenio, susurrando la frase que viene a continuación. Marga disparó primero.

—Oye —dijo—, pensarás que esto es muy raro y lo estoy alargando más de lo necesario.

—No —respondió, apresurada—. ¿Por qué?

—Venga, por favor —sacudió la mano en el aire—. Ya sabes cómo son las cosas por aquí y voy a decirlo yo porque no creo que nadie haya tenido la decencia de hacerlo, incluido mi marido.

Carla tragó saliva.

—Si necesitas cualquier cosa —continuó Marga—, lo que sea...

—Oh, no, estoy bien. Solo he vuelto por unos días.

—Ya. Ya lo sé. Pero si necesitas algo...

—No. De verdad. Gracias.

Marga la miró fijamente, muy seria, con sus enormes ojos verdes, esos ojos como puñales que ha heredado mi hija. Cambió el peso de una cadera a otra y señaló con un golpe de barbilla hacia las habitaciones.

—¿Estás segura?

Carla dudó un instante antes de responder.

—Sí —dijo—. Bueno. Esa es mi intención. Ahora que ya está fumigado...

Marga sonrió otra vez. Dos en un día. Milagro.

—Si esta peste no me ha matado a mí, tú también podrás soportarlo —dijo con sorna.

Ambas rieron, de esa forma en que la risa es un fognazo que ilumina la habitación por un

instante, pero luego se descompone, poco a poco, hasta que cae a los pies, hecha ceniza. Carla suspiró y evitó los ojos de Marga.

—En mi casa estarás bien, si quieres —propuso Marga—. No tienes por qué quedarte aquí.

Un sonrojo repentino tomó los pómulos de Carla.

—Me importa una mierda lo que diga Bernat —la atajó Marga—. Si quieres quedarte, puedes hacerlo. A mí no me molesta.

Ambas se miraron fijamente, sin saber qué decir después del ofrecimiento de Marga. O quizá sí lo sabían, pero no hacía falta decirlo porque lo más importante ya había ocurrido, en aquel mismo instante. Llegaron a un pacto en el territorio silencioso que seguía a las palabras y ambas asintieron. ¿Qué ocurrió realmente allí? Es difícil para mí decirlo, me resulta casi incomprendible. Son lugares ajenos a mi conocimiento, imposibles de imaginar para alguien como yo. Ese era uno de ellos. El lugar que dibujé dos veces.

Explosión

Un rato después. En mi casa.

—He ido a verla —dijo Marga—. A Carla.

Lo escuchó como si nada. Ni siquiera me miró. Continuó a lo suyo, en la cocina, y yo me quedé plantado en la puerta, con la cerveza recién abierta en la mano.

—Le he dicho que si no quiere quedarse en esa casa puede venir con nosotros —remató—. Los días que hagan falta.

Entonces sí, me miró, pero no directamente, de reojo, y eso me enfureció.

A mi espalda se escuchaba la algarabía de un programa infantil en televisión.

—¿Por qué? —salté. Marga se volvió y fileteó con la sierra de sus incisivos toda respuesta a mi pregunta. Pero yo insistí. Regresé a la carga y levanté la voz—. ¿Por qué has hecho eso?

Dejó el cuchillo a un lado y apoyó ambas manos en el banco de cocina.

—Porque está bien —respondió—. Y porque ni tú ni nadie iba a hacerlo.

Acallé mi propio balbuceo con un golpe en la puerta de la nevera. Marga oteó sobre mi hombro en busca de la niña y torció la mandíbula. Dejé la cerveza a un lado, con tanta fuerza que el botellín estalló. Ambos nos asustamos. Ella más. La niña llamó desde el salón, también había miedo en su voz. Marga me empujó y pasó a mi lado. Cogió a la niña en brazos. No escuché lo que decía, pero eché mano a mis cosas y salí, dando un portazo.

Sentí vergüenza y rabia. La una engordaba a la otra. Cadena alimenticia de lo que nos dijeron que deberíamos ser y nunca conseguimos, de los microgestos que pasaron inadvertidos y las palabras feas que oímos, encerrados en nuestra habitación, veinte años atrás. Somos la arena del reloj que ya ha caído.

En la furgoneta dibujé a Carla, en su casa. Por fin había decidido pasar la noche allí. Son escenas macabras, oscuras y distorsionadas. Ni siquiera parece ella: ojos desorbitados, recogida en un rincón, acosada por la violencia y devorada por un torbellino de dolor. Sentada en la cama, con una cuchilla entre los dedos temblorosos. La piel del muslo se abrió con un tajo lento y minucioso. Una gota de sangre resbaló y alimentó el suelo viejo de su vieja habitación. ¿Por qué

la dibujé así? No lo sé, ni siquiera pude explicarlo durante la terapia. Quizá le deseaba todo aquel sufrimiento, todo aquel mal. ¿Por qué? Tal vez ella también lo deseaba. La culpa es un incendio descontrolado que no puede apagar ninguna justificación racional. No me imagino una sentencia peor que ser condenada por los crímenes de otros. Las víctimas al paredón. Pena de muerte a la rebeldía, a los que no quieren ser como nosotros. Yo, inconsciente de mí, participé de aquel juicio colectivo. Era mi hipocresía la que estalló con aquella cerveza en la cocina. Di un portazo y salí a toda prisa, huyendo de lo que no se puede huir.

EL CAU

(el bar de Cabota)

Estoy sentado en una mesa, dibujando en mi libreta. Contrapicado. No recuerdo lo que dibujaba. Carla aparece desde atrás con una cerveza en la mano.

—Otro duro día en la oficina —dice.

Pasa a mi lado y se sienta. Plano lateral que muestra a los dos de perfil. No le hago mucho caso. Sigo a lo mío. Presiente que algo pasa y recuerda cosas de hace tiempo, cosas que no cambian. Ella. Yo.

—Ya tengo el artículo —dice tras un par de sorbos a la cerveza.

Respondo con un movimiento de cejas. Garabateo líneas.

—No del todo —explica—. Aunque ya sé por dónde empezar. Comenzar es lo más difícil. Después del primer párrafo viene todo lo demás.

El rotulador traza el patrón de un polígrafo enloquecido.

—Quedará muy bien —concluye con un hilillo de voz.

Suspiro. Dejo el rotulador a un lado y hago un gesto a Cabota, tras la barra. No sé qué hace Carla, quizá se muerde el labio y mira a otra parte.

—He conocido a Marga —confiesa y yo la miro y al hacerlo siento una vergüenza como nunca he sentido o quizá sí, quizá me avergoncé hace tiempo y la memoria me obligó al olvido—. Dice que puedo ir a dormir con vosotros.

—Ya lo sé.

—Es muy maja.

—Sí.

—Pero voy a pasar, ¿eh?

—Puedes venir.

—No.

—Si no quieres quedarte en...

—Que no.

—Ya te lo dije el primer día —escupí, atropellado—. Sabes que te lo dije, ¿verdad? Si no te apetece o no te ves con fuerzas para quedarte en tu casa...

—Vale —me atajó—. Para ya. Por favor.

Cabota dejó sobre la mesa un par de cervezas y se llevó las que estaban vacías. Ella le pidió unos chupitos.

—Sois muy amables —continuó Carla cuando Cabota se marchó—. Pero voy a quedarme en casa. Además, ahora está fumigada.

Se dejó caer contra el respaldo de la silla y resopló. El bochorno y el alcohol le impregnaban la piel.

—No tengo excusa —musitó.

Cogí la cerveza, pero no llegué a despegarla de la mesa.

—Oye —dijo, de repente, como si tal cosa, con una sonrisa extraña, casi apurada—. Bernat. ¿Tú eres feliz? Quiero decir que... ¿lo has pensado alguna vez? Si eres feliz.

—¿Yo? —titubeé y sonreí también después de encoger los hombros y torcer la boca—. Sí. Supongo que sí.

—¿Supones?

—Como todo el mundo. ¿Qué esperas?

Me miró y asintió muy despacio.

—Oye, ¿a qué viene eso? —la interrogué—. No me hagas darle vueltas a las cosas o hago la maleta y desaparezco.

Ella rio, mostrando unos dientes pequeños y torcidos, de niña todavía. Siempre fue muy infantil. Su físico quiero decir. Recuerdo sus tetas y los pezones y también su sexo y, sobre todo, la manera en que me miraba y se avergonzaba y yo no sabía por qué, pero me daba igual.

—¿No has pensado en marcharte de verdad? —preguntó.

—Sí, claro —respondí como si sembrase palabras en lo obvio—. Muchas veces. Sobre todo después de El Incidente. Pero ¿a dónde vamos? ¿A qué me dedico?

—No sé. Volver a empezar.

—Ja. —Intenté que sonase a burla, pero había demasiada amargura en mi pose—. Suena bien, pero no es así. En serio. Todo eso de volver a comenzar... comenzar ¿qué? ¿Mi vida? La vida pasa una vez. No hay más que un comienzo y un final. Nacemos y morimos. Ya está.

—Yo me fui.

—Tú tenías quince años y pasó lo que pasó.

—Ya.

—Carla —murmuré. Pensé lo que iba a decir. Miré a otra parte y luego a ella. La sentí lejana, deslizándose poco a poco por una pendiente resbaladiza—. Es igual. Olvidalo.

Parad ahora. Ahí mismo. Debo confesar una cosa. Hace tiempo dibujé lo que debería haber pasado en ese momento. La escena ideal. Unas cuantas viñetas en que yo preguntaba: ¿por qué has vuelto? ¿Por qué? Como si no supiese la respuesta. Haciéndome el tonto para sacudirme la culpa de encima, por lo que pudiese pasar. Con una pose y un tono doloroso, encorvado sobre la mesa: un Quasimodo que retiene el llanto. ¿Por quién llora el deforme hombre que me representa? Golpea el puño en la mesa y levanta la voz: ¿por qué has vuelto? Y entonces, en esa escena imaginaria, dibujé una sucesión de viñetas, torbellinos de bolígrafo, galerías y cavernas en las que resuena esa pregunta: ¿por qué has vuelto? Y golpes a la mesa y en las paredes: ¿por qué has vuelto? Como una traición, como una puñalada a las expectativas que habitan el pozo de lo que soy o lo que fui algún día. Y al final, mi yo monstruoso dice: lo siento o perdona, así, muy genérico. Esa escena dibujé, sí. Y cuando acabé, ya de madrugada, ese dibujo de mí mismo, suplicando perdón a Carla, me hipnotizó. ¿Perdona qué? ¿Qué de todo debía perdonarme? ¿Cuál de todas aquellas cosas que hice mal en la vida, comenzando por intentar convencerla de que no

era lesbiana, que me quería, que no podía escapar aunque se hubiese marchado, y acabando por el portazo que di el día anterior en mi casa? ¿Qué podía perdonarme ella y por qué? Entonces, después de pasar toda la noche dibujando esa escena, ya de día, mi hija apareció en la puerta y dijo: papi, ¿qué haces? Y yo respondí: nada. Le preparé el desayuno, encendí el televisor y rompí aquellas páginas. Las oculté en el fondo de la papelera, a buen recaudo de Marga. No era más que una ficción, la representación secuenciada de una mentira.

Ya habéis visto el *Director's cut*.

En realidad, esa noche en el bar, me quedé mirándola y apreté los labios para retener lo que fuese que debía decir pero no dije.

Carla asintió ante mi silencio y concluyó:

—Voy a fumar. —Se levantó y salió.

Cerré la libreta. Basta de dibujar, basta. Al fin y al cabo, ¿para qué lo hacía? Intentaba apresar la verdad en el papel en blanco y lo único que conseguía era un reflejo oscuro de las mentiras que yo mismo me contaba. Toda ficción es una mentira piadosa, una manera de suavizar el trauma que supone enfrentarse a la realidad cotidiana. Decidí que necesitaba emborracharme esa noche. Me acerqué a la barra. Pedí dos cazallas y, cuando vi que Carla regresaba, pedí dos más.

—Ten —dije, ofreciéndole una—. Por los dibujos que borramos. —Como una oscura premonición, como si supiese que iba a dibujar algunas de esas cosas, destruir las pruebas y volver a recrearlas después a medida del psicoanálisis.

Intuí que algo pasaba en cuanto vi su cara desencajada. Se acercó tanto que olí la nicotina en su aliento y también el sudor y, al fondo, allí oculto, el miedo.

—Están ahí fuera —susurró a mi oído.

Se separó un poco, no mucho, y me cogió del brazo con fuerza.

—¿Quién? —pregunté, tan cerca de ella que pude ver el abismo de sus ojos negros y los poros de su piel, todos y cada uno, los labios resecos y rosados y la lengua tan pálida asomar, como una flor que oculta su estigma.

—Ellos —la voz trémula—. Gabriel.

Fui tras ella hasta la puerta. La terraza estaba envuelta en telas y redes de las que colgaban lámparas ultravioleta y tiras adhesivas atrapamoscas repletas de cadáveres. Me condujo hasta un extremo y dijo:

—Mira, esos son.

En el ocaso temprano, las sombras se vestían de azul y violeta. Estreché los párpados, intentando vislumbrar en la dirección en que Carla apuntaba. Vi un coche con las luces apagadas. Tres hombres subían a bordo. Arrancaron y pasaron frente al bar.

—Es él —dijo Carla, presa de la excitación—. Gabriel.

Vi el coche detenerse en un cruce un poco más adelante.

—Ya sé quién es —dije—. Pero no sabía que se llamara Gabriel.

—No jodas —replicó ella y se quedó boquiabierta.

—Llegó hace un par de años y fundó una... yo qué sé lo que es. Una congregación religiosa, una secta, una tapadera. Los *retorets* los llaman. Pero no es nombre oficial ni nada de eso.

—¡No jodas! —repitió Carla, exasperada.

—Viven de estafar a viejos y tarados con dinero —continué con la vista puesta en las luces rojas que se alejaban—. Tienen una alquería y yo qué sé cuántas cosas más que han conseguido de donaciones. Gabriel, eh. Pues se lo ha montado bien. *Fill de puta...*

Carla oteó la noche, tensa como una vara, los puños cerrados. Se volvió y me sacudió con el dorso de la mano.

—Dame las llaves de la furgoneta —dijo.

—¿Qué? —exclamé en falsete y recuperé la compostura—. Tú flipas.

—Dame las putas llaves, coño —insistió.

Di un paso atrás y me mostré todo lo recio que pude ante ella.

—Carla —dije—, no voy a dejarte mi furgoneta.

Miró atrás. Ya no se veían las luces.

—Me cago en mi puta vida, Bernat —masculló con los dientes prietos y me cogió por las solapas. Había desesperación en su rostro y también locura.

Fui sincero y dije lo que pensaba: voy a arrepentirme de esto mucho tiempo.

Rápido, siga a ese coche

Fue buena idea que yo condujese. En parte porque sabía a dónde íbamos, pero también, y principalmente, porque estaba acostumbrado a aquellos caminos estrechos entre arrozales y acequias. Carla me contagió su ansiedad: echada adelante, con una mano sobre la luna, como desgarrando la noche más allá de lo que desvelaban las luces de la furgoneta. En una curva, las ruedas derraparon en la grava y, con la sacudida, Carla se dio en la cabeza con la puerta.

—¡Ponte el cinturón, joder! —exclamé.

—¡Tú no los pierdas! —gritó ella.

Al poco, vi las luces de freno.

—Ahí están —dije.

—¿Dónde? —saltó ella—. ¿Dónde, coño? No los veo.

—Al final del camino —expliqué—. Es la entrada a la alquería, creo.

Carla respiraba de forma agitada, musitaba algunos pensamientos que no entendí.

—Apaga las luces —dijo de repente.

—¿Qué?

—¡Que apagues las luces, hostia!

Reduje la marcha y, entre quejas, hice caso. La oscuridad devoró el camino de repente. Siluetas apenas luminosas se movían en los ángulos de mis ojos y desaparecían al enfrentarlos como fantasmas de la retina. Al poco, la claridad de algunas luces apareció no demasiado lejos.

—Espera aquí —ordenó—. Tú espera.

Abrió la puerta y, con un pie fuera, dijo:

—Da la vuelta y apaga el motor. Ahora vuelvo.

—Estás de coña —mascullé antes de quedarme...

Solo en la noche

Treinta viñetas en cinco páginas para describir lo angustioso de aquella interminable espera. Demasiado largo para ser publicado, lo sé, pero este no es un tebeo convencional y mi psiquiatra me ha dicho que puedo hacer lo que me venga en gana.

Sentado en la oscuridad. Sombras pronunciadas. Mucho contraste. Plano frontal. Miro a un lado. Miro a otro. Un bicho recorre la luna delantera de la furgoneta. *Filla de puta*, murmuro. Carla me había dicho que diese la vuelta y esperase con las luces apagadas, pero no hice caso, excepto en lo de esperar a oscuras. De hecho, incluso me indigné un poco. Miro al frente. No pasa nada.

Al principio de la segunda página repito: *filla de puta*. Pasa el tiempo y comienzo a asustarme. Estoy sudando. Intento escrutar en la distancia. Comienzo a hablar solo: ¿qué coño estás haciendo, Carla? ¿Dónde te has metido? Estrangulo el volante con ambas manos.

Tercera página. Entrecierro los ojos. ¿Qué es eso? Ahí hay alguien. Enciendo las luces. El camino vacío. Las apago rápidamente. Mierda, mierda. *Què fas? Que et voran, subnormal!* Silencio. Calla. Silencio. Se escuchan los sonidos de la noche: un golpe de brisa entre las cañas, ranas que croan, una orquesta de grillos epilépticos. ¿Dónde estás, Carla? Joder. Mierda.

Cuarta página. Eh. ¿Eres tú? ¿Carla? Enciendo las luces otra vez. El camino vacío. Las apago rápidamente y comienzo a golpear el volante. *Merda! Collons! Estàs bobo o què? Me cague en la puta, Bernat!* Silencio. El sudor empapa la camisa bajo los brazos y la barriga. Ahí fuera hay alguien. Se escuchan pasos en la grava del camino.

Quinta página. No, no son pasos, es algo más irregular. Como si alguien acechase o se acercase a hurtadillas. Bajo la ventanilla, pero me arrepiento y vuelvo a subirla. Chisto y me digo: calla. Las ranas ya no croan. ¿Qué ocurre? El silencio me resulta artificial, impostado. La noche retiene el aliento. Algo va a pasar y me va a pasar a mí. De repente, la puerta del acompañante se abre. Doy un brinco y aúllo con todas mis fuerzas. Carla salta sobre el asiento y cierra tras ella. La observo repantigado, con la mano en el pecho, jadeante.

—¿Qué coño haces con las luces? —pregunta.

Bonnie & Clyde

Conduje a toda velocidad, como si fuésemos atracadores de bancos en plena huida o algo de eso. Carla no dijo una palabra. Un resplandor tenue apenas le iluminaba el rostro, los ojos atentos al frente, la boca entreabierta. A medida que mi corazón se relajaba, levanté el pie del acelerador.

—Bueno —dije—, ¿qué?

Ella me miró y se mordió los labios, como quien asiste a un funeral por primera vez y no tiene una fórmula establecida para el caso.

—¿Qué ha ocurrido? —insistí—. Joder, ¿has visto al tal Gabriel?

Abrió la boca y la cerró y aquel gesto me desesperó y di un puñetazo al volante que la hizo ponerse alerta.

—¡Dime algo, coño! —grité.

—Tranquilízate, ¿vale?

—¿Que me tranquilice? —rugí—. Estoy cagado de miedo, hostia. Pensaba que te había pasado algo.

—¿Algo como qué?

—¡Algo malo, joder!

Carla volvió la vista al frente. El asfalto cuarteado y lleno de baches culebreaba entre campos inundados. De vez en cuando pasábamos una caseta ruinoso o un pequeño puente y señales acribilladas a perdigonazos: Pinet, Regatxo, Fleixet.

—Bueno, ¿qué? —insistí.

Ella negó con la cabeza y habló sin mirarme.

—Tenía yo razón —dijo.

—¿En qué?

—Elena Ferri —explicó—. Se tiró a la laguna.

—¿Y eso? ¿Cómo lo sabes?

Carla me miró fijamente y no añadió nada más.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Eh? ¿Por qué iba a tirarse al agua? ¿Cómo lo sabes? —Carla no abrió la boca y volvió la atención al frente. Su silencio me ofendió y levanté la voz—. No puedes ir diciendo esas cosas si no tienes pruebas. ¡No puedes! A ver, explícate. ¿Por qué iba a saltar al agua? ¿Por qué?

Pero Carla no respondió. De hecho, ni siquiera pareció escuchar mis gritos.

Dije: está bien. Vale. No digas nada. Y conduje al tiempo que gruñía con rabia palabras a medias y reproches. Eché fuera el miedo y el ridículo de un rato antes, quizá no solo ese, quizá mucho más, todo el que se había acumulado, formando un poso apestoso en el filtro de mi maquinaria. Me quejaba de ella, de que me hubiese hecho conducir en plena noche para seguir a aquella gente. Dije que tenía cosas mejores que hacer, como estar con mi familia, que era un peligro, que podíamos tener un accidente, que era una paranoica y me había sumado a sus locuras. Se acabó. Déjame en paz.

Todo eso escupí y muchas cosas más.

El silencio tras mis palabras fue demoledor. Intenté rechazarlo, mantenerlo alejado con murmullos y monosílabos mientras daba volantazos a un lado y otro. Carla ni siquiera me prestó atención. Miraba la ventanilla y la oscuridad al otro lado y, en medio, justo entre ella y la nada: su reflejo en el cristal: translúcido, apenas la silueta de una máscara transparente, el abismo en su interior y una chispa de luz en los ojos, en sus ojos negros, como la nada y la noche y el mundo ahí fuera.

Los neumáticos chirriaron cuando frené bruscamente frente a su casa. Abrió la puerta, pero no salió. Se volvió, con la mano en la manecilla y dijo:

—Igual que su hermana.

Eso dijo.

—¿Qué? —pregunté con exagerado gesto—. ¿Qué dices?

Y ella aclaró:

—Saltó al agua como su hermana.

Bajó de la furgoneta y, apenas cerró la puerta, bramé como un animal enfurecido y salí de allí a toda velocidad.

Una puerta se cierra

Carla no entró en la casa. Quizá debería haberlo supuesto, pero estaba demasiado enfadado como para pensar en nada. En el momento en que mi furgoneta desapareció, Carla dio media vuelta y salió hacia casa de Martina. Sus pasos eran víctimas de aquel pasmo que presencié en la furgoneta: arrastraba los pies y, sin embargo, se desplazaba como en un sueño. Avanzaba sin moverse, repitiendo la salmodia que también escuché: como su hermana; saltó al agua, como su hermana.

Atravesó las redes que cubrían la entrada y se plantó frente a la puerta. Estuvo allí un buen rato antes de llamar. Quizá cuando lo hizo, cuando golpeó la hoja con los nudillos, yo ya me encontraba en casa, también en pie, en el salón, incapaz de hacer otra cosa más que dar vueltas con los puños prietos y mascullar insultos muy bajito, para no despertar a Marga y a la niña. Hasta que me detuve y, de repente, comprendí algo. Alcé la vista a las sombras de mi hogar y vi los dibujos infantiles en la nevera y los juguetes en el suelo y un chaparrón gélido me erosionó en un instante y me senté en el suelo, mirando arriba, como un hombre de las cavernas que sale de su cobijo en la noche de los tiempos. La mano de Carla, tras el último golpe, quedó sobre la puerta, con los dedos desplegados, y ella los miró como si perteneciesen a otra persona y no pudiera reconocerse en las partes de su cuerpo. Al igual que yo, transformado en dios exterminador tras una máscara, era una extraña para sí misma.

La puerta se abrió apenas un poco y, en la rendija, apareció el rostro de Martina, solo un trozo, la mitad derecha.

Carla no dijo nada. No al principio. Daba bocanadas de aire con la boca abierta, como la portadora de una noticia que viaja en el tiempo desde la batalla de Maratón, y el pecho y toda ella se crecía y encogía con cada exhalación. Martina abrió un poco más. Apretó los labios o abrió mucho los ojos o quizá las dos cosas porque son gestos que van unidos, que brotan de las entrañas, de los humores tibios que supuran las heridas no cicatrizadas y aquellas mujeres estaban unidas por las tripas. No de forma metafórica, sino que un intestino invisible, pringoso y palpitante, las unía desde quién sabe cuándo.

Martina la invitó a pasar antes de que Carla dijese una palabra. Quiero pensar que así fue, aunque no lo sé, nadie lo sabe, tampoco ellas. Puede que Carla dijese: saltó al agua, como me dijo a mí un rato antes. O que por algún proceso extraordinario e inexplicable, su cerebro lógico y cabal se hiciese con el control durante aquel trance que la obligaba a seguir adelante, ignorante de lo que había o no había bajo sus pies y, en un arrebato de sinceridad, confesase: tengo que hablar contigo de Gabriel y de tu hermana.

La puerta se abrió y, cuando Carla la atravesó, las piernas le flaquearon y se vino abajo. Martina la atrapó entre sus brazos justo a tiempo, la ayudó a entrar y cerró la puerta con el pie. Fuera quedó el zumbido perenne de la noche.

Aclaración

Yo no sé lo que vio o escuchó Carla aquella noche en Cal Palleter. Puedo imaginarlo ahora, a toro pasado, unir los puntos y tomar distancia para adivinar la silueta que aparece frente a mí. Quiero

pensar que vio a Gabriel con el artefacto que saldría en aquellas famosas fotografías que se filtraron a la prensa. En esas imágenes se veía a la fuerza de choque de LOCK abandonando la alquería tras el asalto con el extraño cilindro de metal. Supondré que ella ya lo había visto, quizá jugando en una habitación, probando palancas e interruptores e intentando descifrar su funcionamiento. Quizá incluso escuchó la voz que susurra. No lo sé. Es probable. Pero es fácil dibujarlo ahora, de madrugada, a pesar de que hace tres noches que no duermo. Todo ha pasado y el resto de lo que ocurrió se me aparece diáfano en la memoria, plasmado en un centenar de hojas viñeteadas. He tenido que esperar al final, a que todas las páginas encajasen en un rompecabezas al que le faltan piezas.

Recuerdo ahora una anécdota de mi infancia, mucho antes de El Incidente y de que El Clot se convirtiese en lo que es hoy. Cuando, con seis o siete años, me rendía ante los puzles que me regalaban y recortaba cada ficha, muy pacientemente, hasta hacerla encajar. Recuerdo la regañina y los reproches por hacerlo: el cuadro era un espanto incomprensible, una amalgama caótica de lo que debería ser. Y nadie me felicitaba por haber alcanzado la meta final. ¿Cuál es el objetivo de este juego? Si contar una historia es engañar a los lectores, ¿qué importa si hago trampas? ¿Qué importa si de ahora en adelante resulta imposible diferenciar la realidad de unas piezas recortadas que encajan a la fuerza y dibujan un lugar grotesco? Ese es mi papel, mi auténtico y único papel: completar la obra. Algo de todo esto debe tener un sentido, significar algo, engendrar un mensaje oculto. Voy a dibujar esas piezas que faltan. A la fuerza, aunque nada de lo que sigue a continuación ocurriese realmente y sea producto de mi mente atosigada por la realidad cotidiana, la ola de calor y la desidia propia de un hombre de mediana edad que abusa del alcohol y fantasea con el suicidio.

Carla y Martina

Páginas de seis viñetas. Formato irregular. De planos generales a primeros planos.

Martina y Carla están sentadas en el sofá de costado. Se miran. Ambas con un brazo en el respaldo y una pierna recogida. Carla apoya la cabeza y baja la mirada. Se lleva la mano a la frente.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—No lo sé. Todo. Lo que pasó. Lo que voy a contarte.

—Me engañaste. ¿Qué es lo que quieres?

—El otro día, cuando estuve aquí...

—Dijiste que venías del control de plagas.

—Mentí. Pero eso no es lo importante. Luego vi a Gabriel y os espíe. Lo escuché todo.

Martina asiente y la mira muy seria.

—Y hace un rato —continúa Carla—, lo seguí hasta la alquería y lo estuve espiando.

—¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Por qué has venido?

—Porque él no tiene a tu hermana ni va a devolvértela.

—¿Qué sabes tú de mi hermana o de mí?

—Sé muchas cosas. Sé que se tiró a la laguna.

Martina intenta levantarse, pero Carla la retiene.

—Fue así, ¿verdad? —la interroga—. Dime si me equivoco. ¿Fue así?

Martina forcejea durante un breve instante.

—También he visto la máquina —añade Carla.

Martina abre los ojos como un animal que presiente una trampa.

—Te ha hecho una promesa —continúa Carla.

—La voz que susurra —dice Martina.

—Sí. La voz que susurra.

—Ellos tienen a mi hermana —explica la mujer—. Los que susurran.

—¿También tienen a Elena Ferri? Tú la ayudaste a saltar, ¿verdad? Eso es lo que haces para Gabriel. Hay gente que paga para saltar al agua y Gabriel los esconde aquí, en tu casa, hasta que pueden hacerlo. ¿Cómo lo hacen? ¿Tienen un infiltrado en el perímetro de seguridad? ¿Es así?

Los ojos de Martina se inundan de lágrimas y aprieta mucho los labios.

—Ellos tienen a mi hermana —murmura.

—No va a volver —asevera Carla—. Da igual lo que te haya dicho Gabriel. Es mentira. Se fue para siempre. Es solo una estafa.

Martina sonríe de repente; es un gesto enajenado, con las manos entrelazadas en el regazo.

—Ya sé que no volverá —afirma—. Yo iré con ella.

Carla retiene la respiración.

—Nos reuniremos al otro lado —continúa—. Hay paz allí.

—Eso es mentira —musita Carla.

—Tú no sabes lo que pueden hacer —dice—. No tienes ni idea.

Martina toma el rostro de Carla entre sus manos.

—Eres muy joven —dice—. Y muy guapa. La vida se ha portado bien contigo.

—Te equivocas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no es verdad.

—¿Qué sabes tú de la verdad? Mentirosa —y añade con repentino desdén—: ¿Quieres buscarla bajo los muebles? ¿En los rincones? La verdad...

—La verdad es que cuando tenía quince años mi padre mató a mi madre. Espera, calla, déjame que te lo cuente. La mató y a nosotras también. A mí y a mi hermana. Por dentro y para siempre. ¿Lo entiendes? La encontramos en el suelo. Había sangre por todas partes. Y él se vino a por nosotras. ¿Para qué? ¿Para matarnos también? Si ya estábamos muertas desde hacía tiempo. Pero yo salí corriendo. Mi hermana no. La dejé atrás. ¿Ves? Esa es la verdad: que yo escapé y ella no. Se salvó porque los vecinos acudieron y lo retuvieron hasta que llegó la policía. Ya no me habla. No quiere ni verme. Tiene los brazos y el cuello llenos de cicatrices horribles. ¿Lo entiendes ahora? Casi la mata. A mí me encontraron al día siguiente, entre las cañas, cerca del canal.

El rostro de Martina se cubre de arrugas repentinas.

—Pobres niñas —murmura.

—No sé por qué te lo cuento —Carla niega con la cabeza, los párpados desbordados de lágrimas—. Lo que está haciendo Gabriel es un engaño.

—No —replica y los dientes le castañetea. Toda ella tiembla—. Es cierto. Viajaremos al otro lado. Con ellos.

—Es todo un truco, Martina: la voz que susurra, la máquina... todo mentira. Lo que pasó, pasó. Nada va a cambiar eso. Se ha ido y no va a volver. Solo puedes perdonarla. ¿Lo entiendes? Por favor.

Martina clava en ella sus ojos de hielo, después mira al suelo, a todas partes y regresa a Carla. Duda.

—Lo siento —repite Carla—. Lo siento, de verdad.

La mujer asiente y se cubre la boca con la mano.

—De verdad, lo siento —balucea.

Martina abre los brazos y la acoge en su pecho.

—No pasa nada —dice—. Ven.

—Lo siento.

—Shhhh.

Carla solloza y sorbe los mocos. Se sacude, disgustada.

—No es culpa tuya. Tranquila. No es culpa tuya.

—Tienes que perdonarla —musita Carla entre sollozos—. Por favor. Lo siento mucho.

—Es el miedo —musita Martina—. Solo el miedo.

—Tienes que perdonarla.

¿Pasaron así mucho rato? Puede ser. Carla lloró y pidió perdón y, cada vez que lo hizo, Martina chistó con suavidad mientras le acariciaba el pelo. Yo imagino que así pasó y así lo he

dibujado. Ya está. Es real. Carla se durmió. Quizá soñó con Paula, soñó que volvía a casa, si es que tenía otra casa que no fuese aquella cochambre infestada a la que había regresado. Es probable. ¿Por qué no? La cuestión es que, cuando abrió los ojos, Gabriel y los suyos estaban allí.

Metaficción

Siempre me resultó muy extraño dibujarme a mí mismo. Al principio, no había manera. Era totalmente incapaz de encontrar el ángulo o yo qué sé y todos los bocetos acababan en la papelera. Con el tiempo, me acostumbré. Pero, a pesar de todo, Marga dice que ese no soy yo, no estoy tan gordo, mi pelo no es tan claro, y que no me parezco en nada. Luego se corrige con un: los ojos de sapo sí que son tuyos. Vaya, hombre, replico con fastidio, podría sacarme mejor, pero es muy difícil ser más guapo. Y entonces me besa en la mejilla como quien pone un punto final y se acaba la conversación sobre mis autorretratos.

Marga es muy sincera. La quiero, aunque nunca se lo digo. A veces escupe la verdad con desparpajo hiriente. Es la condesa Báthory de la sinceridad. Es mejor que yo, sin duda. Aunque, por una parte, me gustaría que pudiese mentir más a menudo, que pagase a los hipócritas con su misma moneda. Supongo que es un reflejo de su espíritu competidor. Aspira a ganar todas las batallas y, francamente, no creo que sea buen asunto plantearse la vida como una lucha constante. Especialmente cuando has nacido en el bando perdedor. Sorpresa: la partida está amañada. No obstante, de la misma forma en que a mí me gustaría que aceptase las cosas como vienen, siento que ella espera lo mismo de mí: que me suba a su carro de guerra hitita, que replique más a menudo cuando doy con algún aprovechado o presencio una injusticia. Normalmente, es ella la que deja las cosas claras, la que se planta en el mostrador de reclamaciones y todo eso que a mí me avergüenza. Cuando salimos a cenar, si al traer la cuenta el camarero pregunta: ¿qué tal todo? Yo digo: muy bien, gracias. Y ella: los postres, horrorosos. Siempre ha sido así. Por mi parte, intento presentar batalla, aunque sea de forma gestual, porque confundo su actitud con un deseo. Sé que es un reflejo de mi personalidad cobarde. A estas alturas lo he aceptado, de la misma forma en que Marga asume que mi actitud frente a la vida se resume en un par de preguntas: ¿qué más da? y ¿a quién le importa? A Marga le tiene sin cuidado lo que yo haga o diga. En serio, creo que le importa una mierda. A veces hay que renunciar a la pelea, suelo decirle, no es necesario estar siempre en primera línea de combate. El mundo está lleno de desertores que no sienten ninguna culpa por haber salido corriendo con el rabo entre las piernas. Los cobardes sobreviven, cariño. Ella niega con la cabeza, me da la espalda y quizá se cuestione, es probable, por qué sigue conmigo. En el silencio que deja a su espalda, construyo reproches y malos sentimientos.

Sea como sea, me dibujé de cuerpo entero, con el mono de trabajo y la mochila fumigadora. Parecía una portada para un número especial de *Cazafantasmas*. Al fondo, una mujer en bata minúscula, descalza y con el pelo recogido con una pinza, señalaba allí donde la nube tóxica que escupía la sulfatadora acababa con una marabunta de insectos y bichos de todo tipo. En la parte de arriba tracé la pregunta: ¿A quién vas a llamar? Y justo debajo, en letras capitulares, el título:

¿A quién vas a llamar?

¡AL EXTERMINADOR!

La mujer que en mi dibujo señalaba el lugar que yo fumigaba sin compasión se llama Esperanza

Grau. Aquella mañana me contactó para que fuera a su casa y, como cada vez que eso ocurría desde hacía un año y pico, fui y follamos. Lo de Esperanza es complicado. Ni siquiera me gustaba realmente. Creo que yo a ella tampoco. No era cuestión de gustos, nuestra relación se reducía estrictamente al sexo rápido y violento. Era como una de esas explosiones de vapor de agua en las chimeneas volcánicas de Islandia, pero con estrangulamiento, garganta profunda y golpes contra las paredes. Todo muy gráfico. Pasaba una revisión rutinaria en su casa y cuando me di cuenta estábamos dándole al *hard* porno sobre la mesa de la cocina. Estas cosas ocurren así, en un parpadeo. Ella me recibió en bata, yo sonreí: hace calor; sí, mucho calor; se rio: silencio incómodo; fue a enseñarme yo qué sé: la cogí de la cintura al pasar a su lado, giramos como en un baile tonto, intenté algo parecido a un beso y me mordió. Doce minutos después me había corrido en sus tetas. Bueno, pues nada, hasta la próxima revisión.

Por la noche, tumbado junto a Marga, con la niña entre nosotros, no pude pegar ojo. Pensaba en Esperanza, sus pies descalzos en mis hombros, en embestirla más fuerte, más profundo, en sus gemidos y jadeos, los chirridos de la mesa y el tintineo de los cubiertos al caer al suelo. Dos días después le escribí:

Bernat: todo bien? Si es necesario me paso y le doy un repaso a la cocina.

Me arrepentí en el mismo instante en que pulsé la tecla de enviar. Levanté la mirada de la pantalla. Frente a mí, Marga le daba el desayuno a la niña. Como si leyese mis pensamientos, ambas me miraron. Sonreí.

—¿Vamos a comprar esta tarde? —preguntó Marga.

—¿Comprar qué?

—La cómoda para la habitación de la niña.

—Ah, es verdad.

El teléfono vibró. Nuevo mensaje.

Esperanza Grau: Genial otro repaso stoy n casa. Alas cinco?

Bernat: Ok ;—)

—Esta tarde no puedo. Trabajo.

—¿Mañana?

—Claro. Mañana estoy libre.

Suelo pasar revisiones en casa de Esperanza tres o cuatro veces al mes desde entonces. Al principio follábamos solo en la cocina o en el pasillo. Después lo hicimos por toda la casa: en el sofá, en el baño, en la habitación de los niños, en el trastero... Apenas pasaba la puerta, me empalmaba como si tuviese veinte años y ella me arrastraba al lugar elegido para el acto. Nunca cruzamos más que una o dos palabras al despedirnos, aparte de los mensajes de texto en mi teléfono de empresa. Tampoco dejaba que me desnudase. Durante aquel segundo encuentro, justo antes de metérsela, me hizo ponerme el traje completo que utilizo para fumigar. Ese ritual se repitió siempre. No sé por qué. A ella le gustaba y a mí me daba igual. Lo hacíamos durante

quince o veinte minutos a lo sumo, con mucha intensidad. Cuando se acababa, ambos empapados en sudor, jadeantes, ella con la bata abierta y yo equipado con el mono de protección, las botas, los guantes y la máscara empañada por mi propia respiración, nos despedíamos: adiós, adiós. *Chao.*

Lo de Esperanza es complicado porque en un pueblo pequeño como este, esos asuntos son como jugar a la ruleta rusa en una cabaña mugrienta mientras un par de camboyanos apuestan en contra de tu suerte. En algún momento, uno de ellos va a ganar y tú te vas a volar los sesos. Y, sin embargo, allí estaba yo, la mañana después de dejar a Carla en casa, castigando el culo de Esperanza al tiempo que intentaba no asfixiarme en mi traje de plástico.

No hubo mensaje previo en esa ocasión. Desayuné con Marga y con la niña. Salí hacia el trabajo, pero cuando me di cuenta estaba aparcando frente a la casa de Esperanza. Abrió la puerta y entré sin mediar palabra. Ella musitó una queja que yo ignoré. Le arranqué la bata y la follé contra el mueble del recibidor.

Todo muy fugaz. Salí sin despedirme, a toda prisa, y la dejé jadeante, medio desnuda en el suelo. No recuerdo si cerré la puerta. Oportunidad única para los camboyanos: doble o nada en las apuestas esta mañana. Caminé a trompicones hasta la furgoneta, asfixiado por el calor. Incapaz de bajar la cremallera del traje, me arranqué la máscara y la dejé caer. Arrastré la puerta lateral y rebusqué entre mis cosas una botella de agua que me vacié en la cabeza, dando toses sofocadas. Estuve un rato a la sombra hasta que recuperé el aliento. Esperanza apareció en el umbral y cerró la puerta. Apenas cubierta con la bata, al verme allí parado sonrió, aunque las lágrimas corrían por sus mejillas. ¿A partir de qué momento son delito estas cosas? Creo que valoraba la posibilidad de acabar entre rejas cuando miré al otro lado y vi el coche parado frente a la casa de Martina.

Dos hombres vigilaban. Apareció Gabriel y otro más. Cargaban a Carla entre los dos, inconsciente, medio cubierta con una sábana raída. La depositaron sin cuidado en el asiento trasero y salieron de allí a toda velocidad. Un mes antes había visto salir a Elena Ferri de aquella casa y no dije nada por no responder a preguntas incómodas. Las cosas que pasan en un pueblo pequeño. Dilemas cotidianos de los que depende tanto.

En comisaría

Me gusta el dibujo técnico: edificios, naves espaciales, perspectivas interiores, todo eso. En serio, me gusta. Quizá observando mis garabatos alguien pueda pensar todo lo contrario, pero el dibujo técnico ofrece muchas posibilidades. Una perspectiva que se retuerce, un par de líneas que se obvian y los escenarios cambian, se convierten en otra cosa. Todo se reduce al punto de vista. Piensas que conoces el mundo que te rodea, que puedes describir un lugar de memoria con solo cerrar los ojos y, sin embargo, aquello que ves, lo que recuerdas, no es más que una ficción recreada por tu puto punto de vista.

La comisaría es un retén de dos habitaciones. A un lado, una sala de espera separada de la oficina por una mesa que ejerce de mostrador. Tras ella, el despacho del jefe, con una planta tropical de plástico que flanquea la puerta. Junto a la ventana del fondo, sobre una bancada, una

cafetera eléctrica y una pequeña nevera. El lugar apesta a tabaco y a humedad. En las paredes hay pósters de bordes manchados con mensajes institucionales venidos del pasado.

Acudí a denunciar lo que acababa de ver y no encontré mejor manera para expresar la extrañeza de aquel lugar y el rato que pasé allí que dibujarlo desde ángulos insólitos.

Desde la lámpara del techo: entro en la comisaría y me planto frente al mostrador.

Desde la cafetera, con el filtro goteante en primer plano: Perot habla por teléfono en su mesa, totalmente echado atrás en la silla, como una ballena varada en la playa.

Desde la flor de plástico de la planta de plástico, con una mosca a punto de posarse y yo al fondo, como una mancha desenfocada que dice: disculpa.

Desde la esquina superior derecha: Perot con los pies sobre la mesa, el teléfono atrapado en la triple arruga de papada y mejilla. Mantiene una conversación insustancial.

Desde el despacho, a través de la veneciana: yo, con ambas manos sobre el mostrador, repito: disculpa.

Un plano indeterminado, cenital, desde mucha más altura de la que da el techo del retén: Perot levanta un dedo hacia mí y continúa con la cháchara.

Primer plano de mis hombros y mi cabeza desde atrás: el pelo sucio, alguna mancha en el mono de trabajo. Digo: ¡Que quiero denunciar un secuestro, joder!

Primer plano de un ojo de Perot: se ve una parte del moflete orondo y un lunar del que brotan tres pelos. Silencio.

Primer plano de la boca de Perot: labios que recuerdan a los de un bebé gigante. El auricular del teléfono desaparecido entre su cabezón y el hombro. Dice: luego te llamo.

Entonces la escena se volvió bastante más normal para lo que se supone que son estas cosas, supongo. Lo digo basándome en lo que he visto en las películas y las series americanas. Perot se incorporó con un lento movimiento basculante que hizo gemir a la silla. Caminó hasta el mostrador sin quitarme ojo de encima, sorbió los mocos y dijo de forma un tanto desdeñosa: que ¿qué?

Comienza una secuencia que pasa de su rostro —escéptico, malhumorado, desconfiado— al mío —desafiante, hastiado.

—Que quiero denunciar un secuestro —repetí.

—¿Un secuestro?

—Sí.

—¿Un secuestro con un rescate?

—No. No creo que sea de esos.

—Y ¿cómo sabes que es un secuestro?

—Lo he visto, hace un momento.

—¿Qué has visto?

—Cómo se llevaban a una mujer.

—¿Contra su voluntad?

—Supongo que sí. Salían con ella en brazos.

—¿Con quién?

—Carla Babiloni.

—Ah, ya. Salían con ella en brazos.

—Sí.

—¿De dónde?

—De casa de Martina. La rusa.
—Es ucraniana.
—Lo que sea. Salían de allí con ella en brazos.
—¿Quién?
—Gabriel y un par de matones de esos que van con él siempre.
—¿Qué Gabriel?
—Ya sabes a quien me refiero, no me jodas.
—Eh, tranquilo.
Me mordí los labios, el hígado y todo lo otro.
—¿Eso es todo? —preguntó tras un instante.
—¿Qué más quieres?
—¿Cómo sabes que la han secuestrado?
—Joder, dime tú qué era entonces.
—Oye, un secuestro es una cosa muy seria.

Vicente *Panxa* entra en escena a página completa. Camisa arrugada y suelta de un lado, gorra en la coronilla, un par de mechones adheridos a la frente, palillo bailando de un lado a otro de la boca.

—¿Qué coño de secuestro?

Me volví y traté de explicarme, aunque Perot me interrumpió.

—Dice que han secuestrado a la hija de Babiloni —explicó.

Panxa se sacó el palillo de la boca, muy lentamente, y masculló: *la puta que m'ha parit*, antes de morderlo de nuevo. Perot se encogió de hombros y yo aproveché su indecisión para aclarar los detalles.

—Está investigando la desaparición de Elena Ferri y ayer fue a echar un vistazo a la alquería de los *retorets* —dije.

—¿Por qué coño hizo eso?

Perot respondió por mí.

—Porque es una... —dijo, pero el jefe le echó una mirada y acabó la frase con un murmullo hacia el suelo—, periodista.

—No lo sé —expliqué—. Fue a casa de Martina y descubrió algo relacionado con la desaparición de Elena Ferri y los *retorets*.

Vicente me escuchó con atención mientras mascaba el palillo. Lo sacó de la boca y me apuntó con él.

—Y tú has visto cómo la sacaban de allí esta mañana.

—Sí.

—Inconsciente.

—Sí.

—Y supones que...

—Joder, que algo hay de cierto en todo lo que ha dicho.

Ambos agentes intercambiaron una mirada suspicaz que concluyó con un suspiro del jefe.

—Perot, ve al coche y trae la grabadora —ordenó.

El enorme policía salió de detrás del mostrador y pasó a mi lado sin ocultar el fastidio.

—*Vine al despatx*, Bernat —dijo Vicente—. Vas a explicarme todo eso desde el principio.

Hice lo que decía y me senté frente a la mesa. Comencé mi relato con la llegada de Carla a El Clot: que si estaba escribiendo un artículo, que si había entrevistado a un oficial de LOCK en la laguna. ¿Qué oficial? No lo recuerdo. Uno chino o coreano. *Panxa* tomaba notas en una libretita, apenas palabras sueltas. El palillo bailaba de un extremo a otro de su boca. Carla y su casa, que yo fumigué. Carla y su encuentro con Martina. ¿Por qué Martina? Ahí mentí: que no lo sabía, que alguien le habría dicho algo. Desvié su atención: quizá descubrió que Gabriel y los *retorets* estaban chantajeando a Martina. Ella pensaba, o algo así me dijo, que Gabriel tenía a su hermana en Cal Palleter. ¿La alquería? La puta secta, coño. Los seguimos hasta allí por la noche. ¿Cuándo? Ayer.

Vicente garabateaba la libreta y asentía con la cabeza. Murmuraba cosas como: ajá o sí. Entonces callé y puse atención a las notas. Un galimatías ilegible, subrayado, un par de flechas, un círculo vacío... cuando levanté la vista, el jefe de policía me miraba con el rostro un poco inclinado y la boca torcida. Supe que algo no iba bien. Murmuré *¿qué pasa?* cuando sentí un estallido entre oreja y oreja y un destello me cegó. Caí al suelo. Un zumbido eléctrico devoró todos los sonidos. Apenas podía ver mis manos a la luz abrasadora. Rodé a un lado. Fue como si alguien hubiese encendido una bengala frente a mis ojos.

—Idiota —dijo el jefe de policía—. Le has dado mal.

Parpadeé. Escuché un balbuceo que no reconocí como mi propia voz. Perot atravesó la barrera de luz, pala en mano. Una gélida comezón trepaba desde mis pies hasta la cintura.

—Joder —masculló Perot. Observó el manchurrón de sangre y cuero cabelludo en la superficie de la pala y después a mí, en el suelo—. Mira, mira. Se está meando.

Vicente apareció de repente. La claridad se convirtió en una nebulosa que daba vueltas y más vueltas. Ví muy de cerca su hocico húmedo y las gotitas de sudor que perlaban la piel.

—Lo siento, Bernat —dijo—. Es una pena. Pero no vas a jodernos el viaje.

Levantó el puño y lo lanzó contra mi nariz. Escuché un crujido y un chispazo en la parte de atrás de la cabeza que restalló como un latigazo estruendoso.

Un héroe sueña

Desperté y no supe si realmente era un sueño, aunque vi a Carla a mi lado, despierta también, que dijo: *quieto. No te muevas*. Sin embargo, quizá debido a esa desazón que acompaña a lo onírico y que empuja a hacer todo lo contrario a lo que la cordura dicta —porque en la vigilia fronteriza no hay razón que valga y todo ocurre a pesar de nuestra voluntad—, intenté ponerme en pie, pero fue inútil. Tenía las manos atadas a la espalda. Me golpeé la cabeza. Sentí una terrible punzada en la coronilla y caí derrumbado.

—Estate quieto —repitió Carla.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estamos?

Carla chistó y yo caí en la cuenta de que ella también estaba maniatada y con la espalda pegada a la misma columna. Era un poste de hormigón, quizá una viga de bordes descascarillados que mostraban las guías de metal oxidado, enterrada en el suelo y de más o menos un metro de altura. Alrededor descubrí un claro artificial entre cañas aplastadas y tierra húmeda. Tras ella, la orilla y, a lo lejos, los edificios de la base y las torres de vigilancia. También vi el resplandor de El Clot y València en el cielo y calculé que estábamos en el extremo sur de la laguna.

—¿Qué está pasando? —insistí en voz baja.

—No lo sé —respondió. Escuché cómo arrastraba los pies y recogía las rodillas contra el pecho—. Pregúntales a ellos.

Retuve la respiración, como si al hacerlo pudiese menguar y encogerme hasta convertirme en una brizna de hierba, un grano de arena, un átomo. Esfumarme y aparecer en otra parte y en otro tiempo, ser un intruso de mi pasado, parasitar la ignorancia de la lombriz ciega, muda y sorda que fui, viviendo en lo profundo del mundo real. Qué digo. Todo era en vano. Estaba allí y nada iba a cambiar eso. Las sombras se convirtieron en formas, en siluetas que iban y venían y a veces parecían humanos con voces que susurraban palabras comprensibles y otras solo espectros bisbiseantes.

Tras un chisporroteo, varios pequeños fuegos iluminaron alrededor. Cinco o seis pebeteros, apenas cuencos de metal, delimitaron el cañar con un muro de oscuridad más denso si cabe. Uno de ellos se levantó en el aire. Vi las manos que lo transportaban y, al acercarse a mí, distinguí el rostro de Gabriel, iluminado por las brasas trémulas de forma monstruosa y cambiante. Los ojos se le dilataban y también las fosas nasales, la boca subía y bajaba y los dientes desaparecieron en un charco de brea. Tan pronto se disfrazaba con una máscara trágica como parecía un bufón pintarrajeado. Así lo dibujé, después de muchas viñetas parciales, en gris y azul, con los diálogos flotando en el aire y onomatopeyas que salen de la nada. Gabriel, a página completa, con una cara que no era suya sino de muchos.

—Yuggoth espera —dijo—. Ven con nosotros.

Proyección

A partir de aquí, en los dibujos, la perspectiva viaja fuera. Mi psiquiatra dice que es una manera de proyectar el trauma, algo así como una evasión. En cierta manera, fui testigo de lo que les pasó a Bernat y a Carla. De lo que supongo que les pasó porque, al fin y al cabo, incluso la memoria es una ficción, como mis dibujos, y no sé en qué parte establecer una frontera entre lo real y lo que mi mente —presa de ansiedad y víctima de una droga desconocida— añadió al relato de lo sucedido. En esos dibujos desquiciados todo se ve desde la distancia, tras los juncos y tallos en primer plano y con el punto de vista casi a ras de suelo, como si el testigo que yo era se arrastrase, oculto tras la maleza. Todo eso, al parecer, corrobora la teoría del psiquiatra. La verdad es que, las pocas veces que puedo conciliar el sueño, cuando cierro los ojos, vienen a mí recuerdos confusos de lo que ocurrió aquella noche, al estilo de los reportajes baratos que echan en televisión de madrugada:

A continuación verán una dramatización de los hechos interpretada por actores profesionales.

BASADO EN HECHOS REALES

Páginas de nueve viñetas. Irregulares. Perspectiva múltiple a media distancia de alguien que se oculta.

Gabriel acerca a Bernat el pebetero, del que emana un humo azulado, casi fosforescente, sinuoso y denso como pintura vertida en agua.

Bernat se resiste. Los ojos se le inundan de lágrimas. Arruga la nariz y trata de echar fuera con un graznido lo que acaba de inhalar. Patalea y se retuerce. Le arde la garganta.

Gabriel lo acaricia con cariño paternal antes de repetir la operación con Carla.

Las dos docenas de personas que hay alrededor hacen como el maestro de ceremonias y se van pasando los pebeteros humeantes. Entre ellos, algunos vecinos del pueblo, Cabota, el del bar, y algunos de sus clientes, Martina, los agentes *Panxa* y *Fideu*, y también los matones que acompañaban a Gabriel.

Cuando regresan al suelo, el humo de los pebeteros se mezcla con la bruma que brota de la hierba pisoteada. Los cuerpos danzan o caminan de forma desarticulada, no queda claro.

Carla se derrumba hacia un costado y queda sostenida por la soga que la une a la viga.

De la boca abierta de Bernat cae un hilillo de baba.

El canto de los grillos rechina con un ritmo sincopado.

Las nubes se abren. No hay luna. Algunas estrellas se ven fulgurantes.

La mirada de Bernat, vacía, fija en el observador oculto.

Siluetas humanas recorren la bruma y tan pronto desaparecen como habitan en dos lugares al mismo tiempo.

Una escolopendra trepa por el rostro de Carla, desencajado, ajeno a lo que está ocurriendo o, quizá, demasiado consciente.

Los labios de Gabriel junto a su oído, murmurando.

La tierra negra se resquebraja y los pequeños terrones y las raíces y demás fermento fangoso se convierten en un manto de escarabajos, hormigas, lombrices y larvas que se contonean en un baile ciego.

Los ojos de Carla, fijos en la laguna.

Pequeñas ondas circulares aparecen en la superficie.

Los bailarines giran y giran alrededor de la columna en la que están atados Carla y Bernat.

Carla respira por la boca abierta, a pequeños sorbitos breves y rápidos.

Se adivina una sombra bajo el agua. Algunas burbujas salen a flote.

La danza alcanza el éxtasis.

Carla intenta gritar, pero no puede más que retorcerse y tratar de escapar.

La orilla hierve. El agua se abre.

Sin embargo, a pesar del burbujeante aviso de lo que viene, Bernat mira la frondosa oscuridad frente a él. El observador le devuelve la mirada. Bernat queda lívido cuando el narrador-testigo abandona su escondite y se acerca.

Las figuras humanas abandonan la danza. Hay sorpresa en sus rostros. Caen postrados al paso de ese extraño no invitado a la fiesta.

Desde el otro extremo, de perfil, se ve a Bernat, con la espalda contra la columna y las rodillas recogidas. El observador se acerca a él.

Bernat abre mucho los ojos y la boca. Retiene la respiración.

El observador es un hombre desnudo. Sin rostro. En el lugar en que debería estar su cara, se contonea y retuerce un apéndice carmesí tan largo como un brazo, húmedo y cubierto de piel escamosa.

Bernat gimotea. Niega con la cabeza. Arrastra los talones, intentando huir.

El hombre desnudo se toca el pene mientras camina.

El suelo tiembla, pero ya nadie danza alrededor.

Se escuchan los lloros de Carla a su espalda.

Una cavidad anómala se abre en la laguna. Un quejido brota de la profundidad extraña. Sube y baja como un vómito angustiioso que parece no acabar nunca. Es un coro átono de ovejas agonizantes. El sonido se arrastra. Chapotea. Ojos sin párpados y bocas sin labios aparecen en la carne de la noche. Extiende sus miembros gelatinosos y ciegos. Viene desde muy lejos. Y no viene solo.

Bernat grita hasta perder el aliento. Toma aire de nuevo y sigue gritando.

He dibujado la consulta de mi psiquiatra. En realidad no es una consulta, más bien parece el despacho de un abogado o un funerario. Tiene una mesa, pulcramente ordenada, una estantería con algunos libros sobre la profesión, un par de plantas y acuarelas orientales enmarcadas en las paredes. Sobre la mesa hay un surtidor de pañuelos que también podría ser útil en otras situaciones. La analogía funciona. ¿Por qué lo he hecho? Bueno, me dijo que utilizase la forma más conveniente para explicar lo que pasó esa noche en la laguna. No sé si es esta, pero para el caso es la única que se me ocurre.

Frente a mí, sentado al otro lado de la mesa, un hombre de mediana edad con el pelo largo y oscuro como el bigote que subraya su nariz. Viste la chaqueta de un traje barato que supongo solo utiliza durante la terapia con los clientes-pacientes por eso de las impresiones y los roles.

Nota: En realidad, mi psiquiatra es una mujer y se llama Júlia, pero, de todas formas, lo importante era plantear esta escena, no ser fiel a la verdad.

El *psiquiatra-hombre* que representa a mi *psiquiatra-mujer* toma notas en una hoja de papel. De vez en cuando levanta la vista y yo siento que no es una mera fórmula de cortesía sino una reacción a algo que he dicho.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunta.

—¿Cuándo?

—Cuando viste al hombre de la lengua en lugar de cara.

—Era un tentáculo, no una lengua. Aunque también. Y no era un hombre. Era yo.

—De acuerdo. Cuando apareciste tú, ¿qué pasó?

—Se acabó el baile. Todos le miraron con miedo.

—¿Crees que todos te tienen miedo?

—A mí no. A él.

—Pero, dices que él eras tú.

—Sí, pero yo estaba atado a la columna con Carla.

Garabatea algo en la hoja y después me mira por el espacio que hay entre sus gafas de pasta y las cejas.

—¿Qué hiciste cuando viste que él, tú, aparecía?

—Gritar. Y luego me reí.

—¿Te pareció gracioso?

—Sí. Era como una broma. Nadie lo esperaba. Tenía mucho miedo, pero comencé a reírme.

—¿Y Carla?

—Estaba casi detrás de mí. Sentada hacia la laguna. No la escuché gritar.

—¿Apareció otra Carla? Otra, además de la que estaba contigo maniatada, quiero decir.

—No lo sé. La verdad, no lo había pensado. Puede ser, pero no creo. Yo no la vi. Quizá estaba cerca de la orilla con todos los otros. Era una noche muy oscura y no había ningún tipo de luz.

—¿Los pebeteros?

—No iluminaban apenas. Solo eran brasas humeantes.

—El humo, sí.

—Una peste asquerosa.

—Dime, ¿a qué se parecía? ¿Te recordó algo?

—No sé. Pescado rancio y pelo quemado. De lejos parecía dulce, pero quemaba como el ácido.

—Y viste al hombre después de inhalar el humo.

—Lo vi todo después del humo. Mi cabeza... pang.

Apunta algo. Parece que traza un esquema.

—Comenzaron las visiones —dice.

—Sí. Ahí comenzó todo.

—Pero habías visto al hombre justo antes.

—Sí. Eso también era una alucinación, pero era una alucinación normal.

—¿Qué quiere decir una alucinación normal?

—Pues que era yo, desnudo con un tentáculo rojo en la cara.

—Lo que viste después, ¿no era normal?

—¿Lo que salió del agua?

—Sí. Lo que salió del agua.

—Es difícil explicarlo con palabras. No sabría definirlo. Todo se puso muy confuso, además.

—¿Qué es lo primero que recuerdas desde que apareció tu otro yo y todo se puso muy confuso?

—¿Lo primero que recuerdo?

—Sí.

—No lo tengo muy claro.

—Haz un esfuerzo.

—Estaba en casa, sentado en el sofá.

—¿En tu casa?

—Sí.

—¿Eso es lo primero que recuerdas desde que despertaste? Quiero decir, despertaste maniatado en la laguna.

—Sí.

—Y lo siguiente que recuerdas es que estás en tu casa. ¿Sabes cómo llegaste hasta allí?

—En la furgoneta.

—Así que recuerdas haber viajado en furgoneta hasta tu casa desde la laguna.

—No. Eso sucedió después. Primero desperté en el sofá de casa y luego volví en la furgoneta.

—Bernat... —Deja a un lado el bolígrafo y se reclina en la butaca.

—¿Puedo dibujarlo? —propongo con un tono infantil, quizá ilusionado—. Es más fácil si lo dibujo.

—Por supuesto. Dibuja lo que ocurrió y en el orden en que lo recuerdas de la forma que te resulte más coherente.

—Gracias.

Estoy en el salón de casa, sentado en el sofá. Miro mis manos enguantadas y descubro que visto el uniforme del trabajo: mono de plástico, botas de goma, todo eso... En el suelo está mi hija, de espaldas. Juega y canturrea una cancioncilla. Sonríe. Su voz suena extraña, amortiguada. La sonrisa se convierte en otra cosa, poco a poco. Hay algo allí que no debería estar. Algo que no pertenece a la escena. «¿Cariño?», digo.

Carla cierra los ojos con fuerza.
Las lágrimas han dejado
surcos en sus
mejillas.

Lee el poema, dice,
y lo hace, pero con otra voz,
una que no es suya, convertida en un
eco que va y viene volando y borbotea
junto a su oído sordo y ciego. Silencio.
Lee, dice: como si fuese tan fácil, como
si solo tuviese que mover los labios y
la lengua y empujar hacia arriba
el aire por su garganta degollada.

Lee, dice, y así lo hace:
«Acuéstate a mi lado, en la fosa común
de las palabras, del pudor y las
excusas que sirvieron las tardes de
martes para evitar el abismo de tu
nombre.»

Tengo la llave que te abrirá
las venas y verterá ríos de tinta
en los que ahogar las canciones
populares que cantaron
a tus pies pequeños. La llave del
lago negro de tus ojos, de todo lo
que no fuimos, pero algún día
seremos, en este mundo nuestro o en
el de otros».

Carla recorre un camino de tierra.
A un lado, el amanecer parece una
escala cromática anaranjada. Al
otro, oscuridad. Tras ella se adivi-
na la bruma matutina que cubre la
laguna. Al fondo, alguien corre ha-
cia ella. La llama por su nombre.
Carla sigue caminando. Parece con-
fusa y extraviada. Arrastra los pies.
Recoge los brazos frente al pecho.
Tirita de frío. La brisa susurra entre
los carrizos y las cañas y ella acelera
el paso y huye de su bisbiseo.

Una mujer embarazada frente a
la ventana. Afuera hay

luz y sonidos
El hombre que tiene
una lengua en lugar de cara
urbanos.
observa a Carla con detenimiento y
parece que se divierte, que los gimoteos
de ella y su resistencia lo excitan. El
apéndice viscoso de su rostro se con-
tonea y retuerce alrededor de ella, sin
tocarla. Carla cierra los ojos con fuerza.
Se resiste a mirar, pero gira la cabeza
a un lado y otro y se retuerce contra
la columna.

«Carla —dice con voz de sierra—, ven
conmigo. Jugaremos en tu cuarto».
Bernat, que tiene la espalda contra la
de ella, grita: «¡Déjala! ¡Déjala, hijoputa!»
y comienza a sacudirse con tanta
fuerza que las ataduras se aflojan.
«¡Carla! ¡No le escuches!».
La sogá hierde la carne de Bernat y se
empapa de sangre. La estaca a la que
están atados se inclina a un lado.
«¡Carla! ¡Eso no es cierto! ¡Es todo
mentira!».

Despierta.
Abre los ojos
y mira.
Abrelos.
Ahora.

Vamos en mi furgoneta.
Carla y yo. Sucios y llenos de
heridas. Casi es de día.
El sol amenaza con despuntar
a lo lejos. Silencio.
Miramos a todas partes
y a ninguna. «Esto no podemos
contarlo, Carla. Esto va a ser nuestro
secreto. ¿Verdad?». Silencio. Enciendo
la radio. Suena música country.
Una canción de esas que
ponen al final de
las películas.

«Martina!», grita Carla. La mujer se vuelve y
extiende los brazos hacia ella. El torbelli-
no alrededor levanta arena y briz-
nas de hierba. Parece que intenta alejar-
se del horroso monstruo que asoma a
la orilla. Como olas de brea, sus briz-
nos y los uniformes atrapan y aplastan
todos los que corren espantados.
Insectos que intentan huir de
que no comprenden. Se
n rugido, mezcla de ex-
cer sádico. El hombre
en lugar de cara se
emplar la orgía de
or con satisfacción.
devora los gritos
de las víctimas
y también
su risa.

Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.

Carla se vuelve: los
ojos llenos de confusión,
como si no pudiese recono-
cerlo y ni siquiera supiese qué
hace allí, en ese camino de grava,
entre campos abandonados y cañi-
zares. «Adónde vas?», le pregunta, y ella
no responde. Tan solo encoge los hombros
y mira a todas partes. Murmura algo que no
se entiende. Bernat la coge por el brazo y
señala a lo lejos. «Tengo allí mi furgoneta
—dice—. Vamos. Te llevo al pueblo». Y ella
asiente y se mira los pies descalzos que
asoman del pantalón, salpicado de
barro y casi hecho jirones. Bernat
también tiene el rostro cubierto
de fango negro, como un
aborigen pintarrajeado.

Los labios de Gabriel
susurran al oído de Carla
palabras sin vocales, acor-
des de música extraña que
se arrastran en sus tejidos y
husmean las cadenas de amino-
ácidos en busca de un pasado
remoto, cuando los Mi Go
gobernaron a esos
seres mudos
sin alma.

Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.
Teke
Tek

«Por qué tienes que volver? Es
no puedo entenderlo.
Porque es mi trabajo y neces
dinero.

Algo
fue mal.
Yo creo que
no salió como
Gabriel había pla-
neado. Pude verlo en
sus ojos desquiciados.
Todo el tinglado se torció
en un momento determinado,
quizá cuando los susurros de la
máquina cambiaron, convirtiéndose
en otra cosa: una voz profunda. Y la
risa, aquella carcajada indescriptible.
El hombre sin cara tuvo algo que ver.
Esa el quien reía, justo cuando los otros
comenzaron a gritar. Qué alaridos. Era
como si los estuviesen despellejando vivos.
Aquella cosa que salió de la laguna, aquel
horror reptante y maléfico me
miró con cien ojos chorreantes y tu-
morosos. No había ningún disfru-
te en él, solo caos. Todo el placer
estaba reservado para el hom-
bre sin rostro.

«Es una excusa! No tiene
volver a Valencia.
Solo serán unos días...
Pero ¿por qué alto
Ya te lo he explic
Y encontrar
No todo son
¿Quiétes
conmigo?
Quédate
conmigo.

Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.
Tekeli-li.

El caos reptante se arastrea «Te fue como si despertase al volante, con un parpadeo. Se oye algo. Es como un cri-cri. Lo oigo a to-
 fuera del pozo en que se dejó en ha convertido la laguna. tu casa?». Estaba en una carretera secundaria. Entre campos de naranjos y caquis. Paré en el arcén y me pregunté: «¿Dónde carajo estoy? Di media vuelta y al tato encontré la carretera principal. Había recorrido muchas kilómetros en dirección contraria. «Quieres venir con nosotros?». Eso le di-
 levantan la vista al Carla me miró durante un largo momento y después musitó: «¿Qué casa?». No entendí su respuesta. Tam- poco recuerdo qué ocurrió a cen y parecen continuación. Creo que la devolví al hotel. Recuerdo despedirme de ella en las escaleras de entrada. Nos abrazamos, seguros de que era la última vez. En silencio. Con un solo adiós.

Había un par de cilindros metálicos frente a la orilla. Carla ya los había visto en Cal Paileter la noche antes. Recordaban una pila con luces parpadeantes de la que brotaban cables. Gabriel accionaba palancas y botones y comprobaba sus efectos en la lagna, como si fuese una pantalla de televisión que intentaba se sincronizar sin demasiada éxito. Se iban, pero no se a dónde ni si Carla se a dónde ni éxito. fue. Martina llamaba a alguien a gritos, pero su voz era devorada por la tormenta y los rigidos de la criatura. Desde aquel pumt miando a todas en busca de
 Sintió que se hería las muñecas y que la sangre empapaba la soga que los ataba. Ya casi podía librarse y comenzó a pensar en salir corriendo. En escapar. Huir sin mirar atrás, sin remordimientos ni un recuerdo.
 «Carñón?», pregunta Bernat y su propia voz suena trémula y llena de miedo. La niña se vuelve, al principio poco a poco, luego de repente, con un movimiento fugaz y sibilino. Al hacerlo desvela que su rostro ha desaparecido. En su lugar un apéndice sanguíneo se retuerce con vitalidad insana y viciosa. Bernat grita, pero nadie puede oírle. Corre. Todo está
 A veces pienso que es un sueño. ¿Sabes? vivimos una ficción si todo esto ya hu hace mucho se repitio- se una x El monstruo abandonó espacio profundo sig
 ¿Es esta mi casa? No, es el hotel. ¿Recuerdas? No lo sé. Puede. Pero, entonces, ¿dónde está mi casa? Todo lo que ocurrió fue culpa mía. Todo c Bailé como los demás. Me s feliz hasta que fui conscien- tro. Aquella cosa que me colga de la cara, aquel látigo de ne era mío y la fiesta mi honor. Ellos eran el banquete dispuesto celebrar que la puerta estaba y yo habitaba el mun hombres.

¡Corre, Carla! ¡Corre! ¡Escapa tú! ¡Corre! No mires atrás. No mires. Cierra los ojos y los oídos y todo. Cierra compuertas. Inmersión. Corre. Desaparece. Es lo mejor. Como si el monstruo fuese contigo y su sombra tu aliento. Corre.

Dormid tranquilas

Ya está. Ya pasó. Marga y la niña duermen. Las observo desde la puerta. Si despiertan, si algo en su sueño las hace desperezarse y entreabrir los párpados, intuirán una sombra y se darán un susto de muerte. Yo diré, con una sonrisa: tranquilas, soy yo. Se quejarán, amodorradas, y darán media vuelta, hincando la nariz en la almohada. Me sentaré en el borde de la cama y les cubriré los pies con la sábana. Dormid tranquilas, que soy yo. Pero no despiertan, no de la manera en que a mí me gustaría. Siguen durmiendo, ajenas a la realidad ahí fuera, a los monstruos que merodean de lunes a viernes-sesenta horas a la semana-sábado de fiesta-domingo de mantita y series: monstruos que pagan el AMPA, que van a la piscina antes del trabajo y se indignan con la clase política; monstruos de la cocina creativa y el porno online: que sacaron el bachillerato con buena nota y leen en la cama antes de apagar la luz; monstruos del *streaming* y el retuit: de planchar las camisas y bajar la basura por la mañana. Dormid tranquilas, que soy yo. Y Marga abre un ojo o ya lo tenía abierto, vigilante, y quizá yo no lo había visto y me pareció que dormía cuando en realidad duerme así, con un ojo abierto y el otro cerrado, soñando a medias porque es lo que somos: medio sueño-clase media-media ración-medio de vida: sus labores-parada de larga duración. Me mira desde la cama sin parpadear. No se asusta, no de la manera en que a mí me gustaría. Cruza el brazo sobre la niña, como protegiéndola, y yo sonrío y saludo con la mano y pienso que no me ha reconocido o que todavía duerme, que no va a despertar en mucho tiempo y que mejor, mucho mejor. Que el agua negra de nuestro futuro se mantenga en calma, calmada, calmante: ibuprofeno, paracetamol. Dormid tranquilas, que soy yo.

Me meto en la ducha y al enjabonarme la cabeza acaricio con los dedos la costra en la coronilla. Algunos mechones y sangre reseca caen a mis pies y tiñen el agua que se escurre por el desagüe. Los miro extrañado, como si tuviese varada una palabra en la punta de la lengua. El vapor caliente afloja también los mocos pardos de mis fosas nasales y un caldo salado me corre por el bigote y los labios y paladeo el hierro de mis heridas. Los músculos se relajan y el cansancio me abraza el cuerpo. Descubro moratones y arañazos en los brazos y el pecho y también en las piernas. La piel abrasada de mis muñecas y la garganta desollada. Al cerrar el grifo una imagen acude a mí: *Panxa*, el jefe de policía, en la orilla de la laguna con los pies en el agua; me saluda con la mano y sonrío de forma bobalicona; entonces su rostro cambia y una mueca de horror lo desfigura; abre la boca para gritar, pero desaparece antes de hacerlo.

Frente al espejo. Desnudo. La nariz hinchada y los ojos irritados, desaparecidos en la trinchera del sueño. Apenas he descansado un par de horas en el sofá. Fragmentos de pesadillas étlicas todavía me asaltan. Salí con Carla y regresé de madrugada. Fiesta de despedida. Sí, eso fue. Ha escrito su artículo y ya se marcha. Bien por ella. Deberíamos hacer lo mismo: salir corriendo-exiliarnos-quemar todo y huir. Aunque, ¿a quién pretendo engañar? Pertenece a este lugar casi tanto como él nos pertenece. No lo dejaremos nunca y él tampoco a nosotros. Es una relación exótica-tóxica-simbiótica: somos uno por los siglos de los siglos: endogamia: eugenesia: fin de la

Historia.

En la cocina, caliente café. No tengo hambre. El humo sinuoso brota de la taza y me recuerda un pebetero y una risa desquiciada que precede a la voz: *Yugoth espera. Ven con nosotros.* Pero es jueves, es martes, es laboral y tengo que trabajar: sembrar para cosechar: semilla deforme: viscosidad goteante. Echo un vistazo a los mensajes en el teléfono. El café sabe raro: a lodocieno-barro-tierra negra bajo mis uñas y entre los dientes. Sorbo los mocos y es como si esnifase grasa-hierbas secas-vello púbico-comida podrida. Debería dormir, pero no tengo sueño-no he dormido nunca-no dormiré más. Escribo un mensaje a Esperanza:

Bernat: revision sta tarde. Voy a matarlos a todos. Ok?

Y después me cubro con la máscara, los guantes, la mochila fumigadora a la espalda y me planto en la puerta del dormitorio. Marga y la niña duermen. Las observo desde la puerta. Si despiertan, si algo en su sueño las hace desperezarse y entreabrir los párpados, intuirán una sombra a los pies de la cama y se darán un susto de muerte. Gritarán y yo diré: dormid tranquilas, que soy yo.

Primer final

Páginas de seis y siete viñetas.

Escena 1

Carla en el hotel. Sentada en la cama, todavía cubierta de fango. Sombras de sima oceánica; los ojos son dos estrellas lejanas. Inmóvil, con los codos apoyados en los muslos marcados. La luz entra por la persiana. Saetea el suelo a sus pies. Mira los puntos luminosos y piensa; ¿qué piensa? Quizá se esfuerza por encontrar un lugar al que aferrarse y mantenerse a flote, un madero en alta mar, algo así. Y ¿lo encuentra? ¿Y si no lo encuentra? ¿Y si bracea y patalea y da voces en la noche, pero no hay nadie allí para ayudarla? Sí, tal vez es eso lo que pasó. Mirad cómo se ahoga. ¿Lo veis? Yo puedo verlo desde la orilla y vosotros estáis conmigo. Mirad cómo se ahoga sin pedir ayuda. Creo que el silencio es un síntoma de la locura, que hay gente que se marchita por dentro sin abrir la boca, que todo lo dice cuando ya no está presente, cuando es demasiado tarde. Los que más gritan solo son peligrosos para el mundo, no para ellos mismos. Así que es probable que, en ese momento, Carla más bien intentase no pensar para mantenerse a flote, alejar la lógica de sus decisiones para seguir adelante como si nada. Pero ella no era como yo. Cuando tratas tanto tiempo con insectos te conviertes en uno de ellos. Tengo antenas y ocelos y un par de alas bajo el caparazón; cada mañana sobrevuelo este campo descuidado, salgo a la caza y cazo y vuelvo a mi guarida por la noche y no pasa nada, nada. Carla no pertenece a este mundo, no es como yo, no es como nosotros. La dibujé al abrazo de las sombras, con la garra de la oscuridad en torno a ella. La noche te posee y te domina. Es un parásito larvario que crece en tu interior: se alimenta y crece y se revuelve en busca de una salida. Al final lo conseguirá: la noche saldrá de ti.

¿Estaba Carla infectada? Tal vez en el teléfono esperaban mensajes de «vuelve a casa», «te necesitamos»; notas de voz de esas de «te quiero. Vuelve». Y un último: «le he dicho a tu hermana que estás ahí. Le he pedido que vaya y te saque de ese pueblo ahora mismo. Espera a tu hermana. Espera a que vaya a por ti». Pero la sangre de Carla ya no era suya, ni sus pasos iban a ninguna parte. ¿Por qué regresó a El Clot? Quizá no se había ido nunca. Quizá estaba todavía oculta, entre las cañas. ¿La ves? Sí, yo puedo verla. Mira, es una niña que ha huido de casa en mitad de la noche y corre, corre descalza, en pijama, y se esconde en el margen de la acequia, con el lodo gélido hasta las rodillas, tiritando. Las cañas fustigan de sombra su rostro espantado. ¿Puedes verla ahora? Yo puedo verla. Quizá vino a terminar con aquella noche interminable. Con el dolor eterno de estar viva en este mundo muerto.

Escena 2

El coronel Sayavong también está sentado en la cama, como Carla. Lllaman a la puerta, pero no responde. Las lágrimas desbordan sus ojos rasgados. Agentes de LOCK perimetraron la orilla sur de la laguna. Batas blancas tomaron muestras y midieron los niveles de ozono y radiación. Antes del mediodía, un comando de asalto —casco, chaleco, protecciones, armas automáticas— se desplegaba en el pasillo, a un lado y otro de la puerta de Sayavong. También hay sombras en la habitación, también está desnudo. No responde a las llamadas y, tras un silencio, suena un disparo y un golpe de ariete hace saltar por los aires bisagras y cerradura. Los agentes entran en tromba con los punteros láser de sus armas revoloteando por todas partes, como el polvo y las astillas y los gases del revólver de Sayavong que humea en su mano muerta, junto al cuerpo descabezado.

Escena 3

Y Carla en el hotel, ahogándose en la oscuridad artificial, con el mundo real llamando a la puerta, dando golpes y patadas, tomándola por la pechera y sacudiéndola y gritando: ¡reacciona! ¡Carla, vuelve! Pero para regresar hay que olvidar, dejar atrás el equipaje y los pecados, propios y ajenos, y todos los prejuicios y el odio hacia uno mismo y al mundo que te masticó y escupió cuando tus golpes no hacían daño a nadie. Regresar es renacer y ella había venido a morir. A terminar de una vez por todas con la culpa de haber sobrevivido a su madre y abandonado a su hermana. ¿Dónde está su hermana? ¿De camino? ¿Oculta entre las cañas? Doble o nada.

Escena 4

Los *humvees* de LOCK atraviesan El Clot a toda velocidad. También un par de unidades móviles de televisión y algunos *freelance* del periodismo. Un helicóptero sobrevuela la alquería de Cal Palleter. Parece un asalto, excepto que nadie opone resistencia. Gritos y voces de los loqueros, puertas derribadas, armarios y colchones que vuelan por los aires. Ya no queda nadie. No hay sectarios ni fanáticos armados hasta los dientes. Una vez asegurado el perímetro entran las batas blancas y comienzan su laboriosa fagotización de pruebas y evidencias que se transformarán en hipótesis y teorías para poner cara al enemigo que merodea al otro lado y sus infiltrados. Los curiosos cuchichean de lejos. Hay un rumor que se extiende, como las fotografías y los vídeos en redes sociales. Que vuelva el miedo a nuestros exoesqueletos. Horror para el pueblo.

Escena 5

Carla pierde la noción del tiempo en la ducha y deja que el agua se lleve la porquería y la

inmundicia por el desagüe. Intenta recordar, pero no puede. Tiene la sensación de que ha olvidado algo importante, que ha dejado una frase a medias. Se mira las yemas de los dedos, arrugadas y pálidas, y no reconoce su tacto. Después sale y, antes de vestirse, se planta frente al espejo. Cuerpo de niña, cicatrices de mujer. Recoge la ropa del armario y la dobla y guarda en la maleta con especial cuidado. Hace la cama, recoge las toallas del suelo. Repasa en el ordenador el artículo que ha escrito como si fuese la primera vez que lo lee. La luz se desplaza en el exterior. Ya ha pasado el mediodía. A esa hora, más o menos, yo estaba en casa de Esperanza, jadeando tras la máscara, dando golpes de cadera en su culo y metiéndole en la boca los dedos enguantados. Carla espera sentada en la cama con sus cosas a un lado. ¿Qué espera? De alguna manera, todos vivimos esperando, como niños pasmados que no acaban de comprender la causalidad afectiva de los adultos. Cinco minutos más, mamá, solo cinco minutos más.

Segundo final

Vivimos durante tanto tiempo en la excepcionalidad que ya no sabemos lo que es normal. Creemos que todo avanza y sigue su curso; que está bien, es correcto y no pasa nada; pero sí pasa, no está bien. Alimentado por la amnesia colectiva, un motor primitivo nos obliga a seguir adelante, a llenar el estómago, follar, dormir, cerrar los ojos y evitar sueños incómodos. Somos un enjambre que se sostiene sobre la memoria a corto plazo, arrastrado por el terror hacia la barbarie y la violencia cotidiana.

Dos páginas. Trece viñetas. Una mosca choca, una y otra vez, contra el cristal de la ventana. Plof. La aplasto con el periódico doblado y sigo leyendo.

Las noticias se olvidaron de lo ocurrido en El Clot una semana después. Había desaparecido un número indeterminado de personas —quizá nunca llegue a saberse—, todos los colgados que vivían en Cal Palleter además de unos cuantos vecinos, el jefe de policía y su ayudante. LOCK levantó un muro de silencio y excusas oficiales: asunto de seguridad mundial —que era el pretexto con el que había sido creada la agencia— y eso fue como gasolina para el fuego de otro tipo de prensa, la que se ocupa de especular y poner nombre a lo ocurrido. Quién sabe. Quizá fue una estrategia bien planificada. Fueron tantos los rumores y las intrigas que nada pareció cierto del todo. Si había una certeza, es que hubo una brecha esa noche, pero no una irrupción. Así lo explicó LOCK. Nada del otro lado había pasado al nuestro, en lenguaje llano. Sin embargo, cada programa de radio, cada artículo sensacionalista, dejaba tras él un tufo a incertidumbre, a sospecha: ¿estamos seguros de que nada ha pasado? ¿De que no habitan entre nosotros?

Y eso fue terriblemente bien para El Clot porque los turistas comenzaron a venir más que nunca. Se construyó un hotel nuevo y alquilaban apartamentos y casas —auténticas cochambres— a precios exorbitados. Los chiquillos jóvenes pasaban los días entre el aparcamiento para autobuses y los bares y terrazas a cubierto bajo las redes mosquiteras, vendiendo fotografías a los turistas, mapas y llaveros. A mí tampoco me faltó el trabajo y Marga me amenazó con divorciarse si no venía a terapia y traía mis dibujos porque estuve raro un tiempo, más raro de lo normal.

Esa mañana, un periódico publicó un extenso reportaje sobre «el suceso» de El Clot. Pensé que quizá estaba firmado por Carla, pero me equivoqué. Fue el último artículo serio que leí sobre el tema. En primera plana: una fotografía aérea de la aldea y la laguna —tan ovalada y regular—, rodeada por el doble perímetro vallado y las instalaciones de LOCK. Tiempo después decidí que aquella imagen aérea sería un buen final para este tebeo o lo que sea. A mi psiquiatra también le pareció apropiado como cierre, especialmente cuando le dije que una editorial iba a publicarlo. Están tan locos como yo, bromeé, y ambos reímos.

Miraba esa fotografía aérea cuando llamaron a la ventanilla. Al otro lado, una mujer dijo algo que no entendí, así que bajé el cristal un par de dedos. No recordaba su nombre, pero sí que trabajaba en el hotel en que se había hospedado Carla cuando no se quedó en su casa.

—¿Lo sabes? —preguntó la mujer.

—¿Qué?

—Esa amiga tuya —repitió—. La periodista. ¿Qué sabes de ella?

—¿Quién? ¿Carla? Se marchó ya.

—Pero ¿sabes si va a volver?

—No creo. ¿Por qué?

—¿Y ahora qué hago? ¿Quieres tú sus cosas?

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas?

—¡Todo! La mochila llena de ropa, el teléfono, un ordenador portátil. ¡Se lo ha dejado todo!

Un moscardón enorme se coló por la rendija de la ventanilla y comenzó a chocar y rebotar por todas partes. Miré el periódico en mi regazo y luego al frente, hacia la valla metálica que delimitaba la laguna y, al otro lado, los carrizos y las cañas y el brillo muerto del agua negra.

—¿Piensa volver o no?

Bajé la ventanilla y lo eché a manotazos, dando golpes con el periódico para espantarlo. Pude seguirlo con la vista hasta que desapareció en la calima sobre la aldea, en el zumbido sordo que nos sobrevuela a todas horas.

Edición en formato digital: 2019

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia

© Guillem López Arnal, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-529-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es